

UNIVERSIDAD ANDINA “SIMÓN BOLÍVAR”

SEDE ECUADOR

ÁREA DE SALUD

MAESTRÍA EN ADOLESCENCIA

**“LA CULPA Y LA VERGÜENZA EN LA
SEXUALIDAD ADOLESCENTE: UNA
PERSPECTIVA DE GÉNERO”**

JUDITH CADENA LÓPEZ

AÑO 2005

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autor, autorizo a la Universidad Andina Simón Bolívar la publicación de esta tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

Dra. Judith Cadena López

10 de Junio de 2005

UNIVERSIDAD ANDINA “SIMÓN BOLÍVAR”

SEDE ECUADOR

ÁREA DE SALUD

MAESTRÍA EN ADOLESCENCIA

**“LA CULPA Y LA VERGÜENZA EN LA
SEXUALIDAD ADOLESCENTE: UNA
PERSPECTIVA DE GÉNERO”**

ALUMNA: Judith Cadena López

DIRECTOR DE TESIS: Dr. Raúl Mideros

QUITO - ECUADOR

AÑO 2005

RESUMEN

En el presente trabajo trataré de analizar aspectos relacionados con las manifestaciones de culpabilidad y vergüenza ligadas al ejercicio de la sexualidad, especialmente entre adolescentes y jóvenes.

Haré alusión también, a algunas de las emociones que junto con la culpa y la vergüenza matizan el comportamiento de las personas, al momento de abordar tópicos relacionados con la sexualidad, situaciones de violencia y, en general al momento de mantener una relación interpersonal.

Mi propósito principal ha sido comprender y explicar que los nexos que existen entre comportamientos, prácticas sexuales y la presencia de culpa y vergüenza tienen mucho que ver con las condiciones sociales, culturales, educativas, religiosas, morales y de género en que los/las adolescentes desarrollan su proceso de identidad y reconocimiento social.

Después de las actividades de investigación con los/las adolescentes, me atrevo a aseverar que, el hablar sobre sexualidad trae como consecuencia una concepción culposa y vergonzante, en la mayor parte de ellos. Todavía, en estos tiempos en que parece haberse dejado atrás ciertos mitos y tabúes, se guardan miedos y escrúpulos; se mantiene aún el puritanismo y la represión; por tanto, no es tan fácil abordar el tema con quienes merecen disfrutar y vivir sus emociones y sentires porque llevan en sí una carga social de la cual difícilmente se pueden desprender.

AGRADECIMIENTOS

Mis agradecimientos a los y las jóvenes que me permitieron compartir sus sentires y
emociones;

A las personas que sin saberlo fueron objeto de mi investigación

A todos quienes me estimularon para que realizara este trabajo: a mis familiares,
docentes, compañeros y amigos.

<i>CONTENIDO</i>	<i>Página</i>
Resumen	4
Agradecimientos	5
Introducción	8
Capítulo 1.	
<u><i>Culpa, vergüenza y sexualidad:</i></u>	13
Capítulo 2.	26
<u><i>Emociones que acompañan a la culpa y a la vergüenza:</i></u>	
Afecto y amor / Alegría y placer / Miedo y temor / Tristeza, angustia y depresión/ Ira y rabia	
Capítulo 3.	39
<u><i>La dimensión de género y su efecto en las identidades:</i></u> Lo femenino y lo masculino: una construcción social / Machismo y marianismo / percepción genérica de la sexualidad.	
Capítulo 4.	53
<u><i>La sexualidad adolescente:</i></u> La adolescencia / La familia / La escuela / La sociedad /La educación sexual /Observación en talleres de participación /	

La problemática sexual adolescente, preocupación social / La información sobre sexualidad / Autoestima y afirmación personal en la adolescencia

Capítulo 5. 61

Conclusiones:

Bibliografía 67

INTRODUCCION

Desde hace varios años, y desde mi cotidianidad profesional y personal, he podido reconocer y tener en cuenta que la relación y comunicación de las personas son situaciones que se van construyendo bajo la influencia de factores que, de una u otra manera, condicionan las actitudes y acciones de las mismas.

Factores como la ansiedad, el estrés, la desconfianza, la baja autoestima, entre otros, pueden desencadenar sentimientos y emociones diversas como agresividad, depresión, vergüenza y culpa, siendo estos dos últimos, más evidentes cuando se trata de una relación de género, o en ámbitos en que los roles de los individuos se ponen de manifiesto, en lo público, en lo privado, en lo cultural o institucional.

Se hace más notoria esta expresión cuando se trata de una relación de pareja en la que obviamente se harán presentes diversas manifestaciones de su sexualidad. Cada individuo, al ser producto de un grupo social y cultural determinado, pone de manifiesto y recrea imaginarios desde su concepción cultural, social e histórica de la sexualidad, dándole su sentido, su valor y su papel en la existencia humana y, a la vez, creando un marco muy particular que pone también límites muy personales, en cuanto al desarrollo y progreso de sus relaciones.

En la relación social existe un deseo de conexión; es decir, el deseo de intercambiar, participar y convivir con los demás, que es preeminente a muchos otros deseos (poder, dinero, sexual, etc.) y éste se va desarrollando o edificando, en dimensión, según se vaya formando un lazo social entre los actores; un vínculo estrecho, activo, de participación, de involucramiento, cuya estructuración se ve afectada por diversos tipos de sentimientos como los de la culpa y la vergüenza, los que asociados a emociones como miedo, dolor, depresión, gozo, placer, entre otros, pueden convertirse en elementos que permiten medir un grado de relación (distancia o acercamiento) entre un individuo u otro.

El deseo sexual, por ejemplo, es un factor muy importante que influye en la construcción del lazo social, puesto que en él se conjugan un sinnúmero de sensaciones y emociones que ponen en movimiento energías especiales de acercamiento hacia la persona que despierta el deseo.

¿Qué significa y cómo afecta a los y las adolescentes la presencia de la culpa y la vergüenza en los procesos de relacionamiento y en sus prácticas sexuales?

El ser humano nace con una dotación y un potencial biológico que requiere de procesos complejos de aprendizaje para que la sexualidad tome una determinada configuración en la vida de las personas. Esto, probablemente, explica las diversas formas y expresiones que toma la sexualidad en las culturas humanas.

Si se considera que la sexualidad humana está fundamentalmente determinada por el aprendizaje y las condiciones sociales, culturales, políticas, ideológicas y económicas, entonces existe la posibilidad de aseverar que es una construcción social. Por tanto, una nueva educación sexual intencionada, sistemática y permanente, como asunto de todos y todas -del estado y la sociedad civil, de las familias, de las escuelas y demás instituciones sociales-, en un esfuerzo conjunto, podría dar como resultado un cambio importante en la salud sexual de la población en general y conceptualizaría a la sexualidad como una dimensión maravillosa del ser humano, que merece vivirse.

La capacidad de sentir, gozar y disfrutar del placer; la posibilidad de recrearse en las propias sensaciones corporales y despertar erotismo, pueden ser producto de una educación orientada al conocimiento y comprensión del cuerpo y de su capacidad sensorial, tratando de mejorar y de enriquecer la magnitud de erotización y sexualización del cuerpo y disminuyendo o aboliendo los sentimientos de vergüenza y culpa.

Considero que, modificando las concepciones sexuales con enfoque de género, desarrollando elementos para elevar la autoestima, deconstruyendo imaginarios y tabúes se podría contribuir a que se de un proceso psicosexual diferente, a la percepción de sensaciones eróticas y placenteras, a la existencia de una expresión libre de emociones y sentires y a una comunicación hacia el goce y disfrute de la sexualidad.

Existen además, otras dimensiones importantes del ser humano que se relacionan con el ejercicio de la sexualidad y que podrían potencializar o limitar las prácticas, dependiendo de cómo las personas sean educadas. La afectividad, la forma de comunicarse, los valores, lo corporal, las sensaciones táctiles, etc., pueden ser facetas que al interactuar entre sí, posiblemente incrementan o limitan el ejercicio de la sexualidad, todo esto enmarcado en un determinado contexto social y cultural.

El presente trabajo se basa en la observación de la labor diaria en la consulta médica, tanto con adolescentes como con personas adultas y en el compartir experiencias con los compañeros y amigos que también realizan actividades con adolescentes y atienden casos de violencia intrafamiliar en los que se pueden rescatar expresiones que tienen que ver con la cultura machista que predomina en nuestra sociedad.

Mi interés en el tema parte de mis propias vivencias y dificultades para relacionarme con ciertas personas y reconocer la existencia de ciertos factores que, de una u otra manera, se han manifestado al momento de la comunicación.

Al compartir mi inquietud con algunas personas, amigos y compañeros, pude darme cuenta que todos los seres humanos “acarreamos” elementos que nos facilitan o dificultan el acercamiento a otros/as, más aún si ese acercamiento lleva una connotación sexual, de género y hasta de poder.

Para conocer más sobre los sentimientos de culpa y vergüenza, de dónde vienen, como se generan y cómo se manifiestan, realicé una revisión bibliográfica que me permitió tener el marco teórico que me ha servido como base para la investigación.

No encontré trabajos realizados en el país sobre el tema que he investigado; se habla mucho sobre la relación de género en cuanto a fuentes de trabajo y desigualdades en el ámbito social, pero no se hace alusión al comportamiento sexual, menos aún a situaciones de orden emocional en las que intervinieran los sentimientos de culpa y vergüenza. Existen pocos estudios a nivel hispanoamericano que enfocan el tema y que se refieren a estos sentimientos como factores predominantes en las relaciones sociales y de carácter sexual, violentas y conflictuales.

En esta revisión bibliográfica pude encontrar diferentes teorías que afianzaron, en unos casos, mis propias opiniones y, en otros, despertaron aún más mi curiosidad sobre el tema.

Decidí, bajo este marco, investigar en base de testimonios directos de los actores; especialmente acercándome y teniendo mayor contacto con jóvenes y adolescentes, ya sea en forma individual o en grupos.

El acompañamiento a adolescentes embarazadas y a chicos/as con conflictos también ha constituido un gran aporte para la investigación, sin dejar de lado la opinión y el sentir de las personas adultas que acuden a la consulta con problemas específicos como la violencia intrafamiliar.

Con los jóvenes, el método para obtener información fue el de realizar talleres, conversatorios y entrevistas a profundidad. Realicé cuatro talleres en colaboración con compañeros de la maestría: tres en el Colegio Nacional “Ricardo Cornejo”, ubicado en el sector de Guamaní, con 45 estudiantes de quinto y sexto cursos y, uno en el Centro de Salud de Guamaní con un grupo de 20 jóvenes, hombres y mujeres, líderes de algunos barrios del mismo sector. Los conversatorios se dieron en reuniones informales, con algunos de los estudiantes y con otros grupos de jóvenes; se abordaron varios temas entre los que también se topaban los de interés para la investigación. Pude hacer 2 entrevistas a profundidad con chicas que acudieron a la consulta, en el Centro de Salud.

El tema principal de los talleres fue “sexualidad” y, partiendo de éste, la investigación estuvo orientada a descubrir la presencia de factores y fundamentos que tengan que ver con culpa, vergüenza y otras manifestaciones emocionales que aparecen al momento de la relación social, personal y con enfoque de género.

Me pareció muy importante incluir en el desarrollo de la investigación, un espacio sobre la construcción de lo masculino y lo femenino en la sociedad, en la medida en que influye definitivamente en la formación de los imaginarios de los individuos y en su comportamiento al momento de relacionarse.

La ira, el dolor, la alegría, el amor, la tristeza y otras emociones se convierten en componentes predominantes en el momento de la relación social y en la dimensión en

que se presenten afectará positiva o negativamente en la relación. El capítulo dos describe algunas de estas emociones y su conexión con la culpa y la vergüenza.

No fue fácil para mí analizar las expresiones y opiniones vertidas por las personas investigadas, sin embargo he tratado de incluir en este trabajo lo más destacado y perceptible. En el capítulo de las conclusiones, me permito expresar algunas ideas que abren discusiones posibles en torno al tema de la tesis.

Debo anotar que no realicé la investigación para obtener conclusiones definitivas, ni que pudieran ser determinantes en cuanto a introducir principios exactos o resultados matemáticos en el comportamiento o prácticas sexuales de los adolescentes y la presencia de culpa y vergüenza en las mismas; tampoco en las relaciones personales y sociales, más bien fue el afán de cubrir una inquietud personal y asumo que, para mí, ha sido muy gratificante.

Este trabajo me ha dado la satisfacción de encontrar elementos importantes para comprender actitudes y comportamientos y, saber que se pueden generar formas terapéuticas de acompañamiento más eficaces, que permiten crear estímulos para desarrollar la autoconfianza, elevar la autoestima y fomentar un tipo de relación con el cual se puede lograr un mayor acercamiento entre el “paciente” y el terapeuta; poder llegar a ser un apoyo para una visión y un proyecto de vida, dentro del contexto social en que se desenvuelve, aunque éste no sufra cambio alguno.

CAPITULO 1

CULPA, VERGÜENZA Y SEXUALIDAD

La culpa es un sentimiento que los seres humanos hacemos evidente desde cuando se hace presente en nosotros el sentido de la razón, es decir desde el momento en que somos concientes de nuestros actos y podemos dar cuenta de ellos; desde que existe en nosotros un proceso de recepción y reconocimiento de sensaciones y estímulos a través de nuestros sentidos o de la situación de nuestro cuerpo y de todo nuestro organismo¹.

La culpa se asocia, por lo general, con la vergüenza y se manifiesta con actitudes y reacciones físicas y psicológicas diversas.

La persona que se siente culpable, generalmente también se siente con vergüenza; por tanto, puede ofrecer sus disculpas verbalmente o con actitudes que así lo demuestren y “expiar su culpa”. En situaciones más graves, la persona puede tratar de esconder su culpabilidad y reacciona de diversas maneras; así, puede responder con enfrentamientos verbales, violencia y agresiones físicas.

Psicológicamente la culpabilidad puede desencadenar diversos grados de alteración en el comportamiento y la conducta de las personas, entre ellos: tristeza, angustia, ansiedad, fobias, depresión, neurosis, psicosis, etc.

En la historia del ser humano un elemento generador de grandes culpas y emociones disociadoras ha sido el de hacer evidente, en los ámbitos sociales y culturales restrictivos, la presencia de la sexualidad como parte importante de la naturaleza humana. La mayor parte de de procesos psicológicos están muy relacionados y en interacción con la dimensión sociocultural; así la estructuración de la identidad sexual implica factores perceptivos, de aprendizaje, emocionales, cognoscitivo y también de patrones culturales y sociales como normas, expectativas sociales, guiones sexuales de género, etc.²

¹ . MEDINA, Juan Carlos, “Diario de crecimiento emocional” 2003, pág. 87.

² ROMERO, Leonardo, “Elementos de sexualidad y educación sexual”2003, pág. 24

Es el Psicoanálisis, con Freud como pilar, el que ha planteado que la sexualidad aparece desde el nacimiento y que durante las sucesivas etapas de la infancia, diferentes zonas corporales proporcionan gratificaciones especiales al individuo, pues están dotadas de una energía que busca placer: la libido que es la energía sexual que realiza con placeres específicos algunas funciones vitales como el comer, la regulación intestinal y el movimiento corporal.

Plantea que la sexualidad genital madura es el resultado de un conveniente desarrollo sexual infantil (pregenitalidad)³.

. “Sólo después de haber resultado exitosamente una cierta secuencia de esos usos pregenitales de la libido, la sexualidad del niño (a) alcanza una breve genialidad infantil, que de inmediato se vuelve cada vez más latente, transformada y desviada, pues la maquinaria genital sigue siendo inmadura y los primeros objetos del deseo sexual inmaduro están prohibidos para siempre por el tabú universal del incesto”⁴.

Erikson expresa también, que la sexualidad infantil es un proceso que se desarrolla gradual y paulatinamente y que, al hablar de sexualidad infantil se pretende reconocer la existencia, en esta etapa de la vida, de excitaciones o necesidades genitales precoces, así como también la intervención de otras zonas corporales (zonas erógenas) que buscan el placer (por ejemplo la succión del pulgar) independientemente del ejercicio de una función biológica (la nutrición). Es por esto que el psicoanálisis habla de sexualidad oral, anal, fálica, genital.

Es importante tener presente que la sexualidad infantil se diferencia de la sexualidad adolescente y adulta en que la primera tiene múltiples metas sexuales y zonas erógenas que le sirven de soporte, sin que se instaure en modo alguno la primacía de una de ellas o una elección de objeto, mientras que la sexualidad adolescente y adulta se organiza bajo la primacía genital. Todo ser humano pasa por las diferentes fases del desarrollo de la sexualidad, por lo que en la edad adulta se encuentran conductas que son vestigios y evidencias del paso por cada una de éstas.

³ Freud, Sigmund, “Tres ensayos de la teoría sexual”, 1905.

⁴ ERICKSON, Eric, “Infancia y sociedad”1993, pág. 173.

Para concluir, el psicoanálisis ha comprobado que las personas, aún las “sanas mentalmente”, están trabadas en sus ciclos sexuales. En su intimidad, en sus relaciones de pareja y en el coito se evidencian las huellas que ha dejado su paso por las fases pregenitales. Sin embargo estas huellas no siempre son concientes y se dan en mayor o menor grado en cada persona

Muchas personas “... prefieren incorporar o retener, eliminar o intrusar, antes que disfrutar de la mutualidad de los patrones genitales. Muchos otros prefieren ser independientes o tener a alguien que dependan de ellos, destruir o ser destruidos, antes que amar con madurez... No cabe duda de que un juego sexual pleno es el mejor recurso para resolver los residuos pregenitales.”⁵ .

Desde la perspectiva psicoanalítica de Melanie Klein, el desarrollo personal se concibe como enriquecimiento de la personalidad que se refiere a la superación de etapas tempranas de la niñez (que pueden volver a surgir en la vida adulta), la superación de los conflictos que estas etapas conllevan, como la ansiedad, culpa, envidia y logro de la gratitud, a alcanzar el equilibrio con el mundo psíquico interno y el mundo externo, y desarrollar la capacidad de disfrutar de las cosas y llevar relaciones gratificantes de amor con los otros.⁶

De estos estadios tempranos, dos son los que mayor importancia tienen en la vida según Klein. El primero es la posición esquizo-paranoide que se desarrolla durante los primeros 3 a 4 meses de vida. Los seres humanos poseemos dos instintos básicos, el de vida o amor y el de muerte u odio. Debido a la lucha que se produce entre estos dos instintos y el sentimiento de ansiedad persecutoria que se produce en el niño, producto del miedo de que este impulso agresivo le cause daño, el niño lleva a cabo procesos de escisión o separación, en que el odio y la ansiedad se proyectan hacia el primer objeto de relación que posee, que es el pecho de la madre, que pasaría a ser el pecho malo, y los sentimientos de amor se proyectan en el pecho gratificador bueno. Luego de esta proyección, el pecho bueno y el malo son introyectados en la psiquis del niño, por lo que el Yo está muy poco integrado, pues posee contenidos separados. Esta proyección

⁵ Ibid.

⁶ KLEIN, Melanie, “Amor, culpa y reparación”, 1998, pág 207.

y posterior introyección colaboran a que la ansiedad persecutoria vaya disminuyendo, pues el niño se siente más seguro con un pecho bueno que lo ampare, pero a la vez tiene un pecho malo, que lo persigue y persiste el miedo a la aniquilación del Yo. De esta interacción, entre los 4 - 6 meses, se van integrando los impulsos y la madre ya no es vista en forma escindida, sino que se incorpora como un objeto total, pasándose a la posición que Klein denomina depresiva en la que, debido a esta integración del objeto y el Yo, se experimenta culpa, pues el niño siente que el objeto amado ha sido dañado por sus propios impulsos agresivos y por lo cual trata de reparar el objeto dañado.

“El sentimiento de que el daño hecho al objeto amado tiene por causa los impulsos agresivos del sujeto, es esencia para mí la de la culpa. El impulso a anular o reparar este daño proviene de sentir que el sujeto mismo lo ha causado, o sea, de la culpa. Por consiguiente, la tendencia, reparatoria puede ser considerada como consecuencia del sentimiento de culpa”⁷

En relación con la posición depresiva, según Klein, se establece el complejo de Edipo alrededor de los 2 años. La angustia y la culpa incrementarían la necesidad de la externalizar (proyectar) figuras malas y de internalizar (introyectar) figuras buenas; de lograr los deseos, el amor, los sentimientos de culpa y tendencias reparatorias a ciertos objetos y el odio y la angustia a otros; de encontrar en el mundo exterior representantes de las figuras internas.

Luego del complejo de Edipo y la etapa de latencia, este interjuego de progresión, que está influido por la ansiedad, llega a dominar las tendencias genitales. A consecuencia de ello, la capacidad para reparar aumenta y se alcanzan las sublimaciones genitales que, en el caso de la mujer son la fertilidad, el poder de dar vida y en el hombre, el elemento de dar vida, se haya vinculado con la fantasía de fertilizar a la madre dañada o destruida y así restaurarla.

Con esta tendencia aumentada en la reparación, la ansiedad y culpa disminuyen considerablemente, con lo que el niño puede desarrollar relaciones estables con sus padres y posteriormente con los otros, predominando el amor ante el odio.

⁷ Ibid,

Aparte de la superación y desarrollo de estas etapas y de la superación de la ansiedad y la culpa por miedo de la reparación, de acuerdo con Klein, es fundamental para lograr el desarrollo personal, la superación de la envidia y el logro de la gratitud pues, ésta permite desarrollar la generosidad que es la base del enriquecimiento personal y es esencial para apreciar la bondad en otros y en uno mismo y, además, hace posible el sentimiento de unidad con otra persona, el crecimiento de la confianza del individuo y la sinceridad de las relaciones, su propia capacidad de amar y ser bondadoso, hechos esenciales en toda amistad o relación amorosa feliz

La gratitud es fundamental para gozar no sólo de las relaciones con otros, sino también de distintos intereses, tales como disfrutar del trabajo, de lo que cotidianamente se hace, abriendo camino a múltiples fuentes de satisfacciones.

Se puede concluir entonces que, para Klein, la base del desarrollo personal es el logro del amor, la superación de la ansiedad, de la culpa y de la envidia y, el poder experimentar la gratitud a través del desarrollo.

“**La vergüenza** es una emoción social que funciona como un termómetro que permite saber a las personas a qué distancia están ubicadas unas de otras, cuán conectadas están”⁸. La vergüenza –según Santos- es un indicador que sitúa a la gente en un universo moral; cabe interpretar que la vergüenza se da lugar en concordancia con el fuero interno de las personas, con su sentido de respeto humano. Existen manifestaciones físicas que expresan la presencia de vergüenza; éstas pueden ser: bajar la cabeza, los párpados y ocultar la mirada, (no mirar a la otra persona), enrojecimiento del rostro (bochorno), sudoración y en casos más severos, el aislamiento.

La relación de las personas se realiza mediante un lazo social, que es un elemento muy importante del comportamiento humano y que siempre se está poniendo a prueba en la interacción social. Es una conexión entre las personas en la que interviene, no sólo el hecho de la relación humana sino el de compartir el deseo de conseguir cosas materiales, el deseo sexual, el poder, etc. como elementos que les mantiene en contacto.

⁸ SANTOS, Martín, “Vergüenza y conflicto en pandilleros de un barrio popular de Lima”, pág. 273.

El lazo social tiende a ser seguro si las personas, al relacionarse cotidianamente alcanzan un nivel predominante de mutua comprensión emocional y cognoscitiva; esto no quiere decir que las personas tuviesen que pensar y sentir de la misma manera sino que se entienden, que saben “por donde va la otra persona tanto en sus pensamientos como con sus emociones”⁹. Esto significa ponerse en el lugar del otro y, en la medida en que exista respeto mutuo, evitar los probables conflictos.

Un lazo social seguro puede requerir de un balance entre el valor que se da a sí mismo el individuo con el reconocimiento de sus propias tendencias y debilidades y/o la importancia que da a la relación que instala con el otro o con el grupo social.

Con este planteamiento, la cercanía o la distancia entre personas puede evaluarse mediante los sentimientos de orgullo y vergüenza; en otras palabras, la relación depende del nivel de autoestima o de las tendencias contradictorias de generar angustia y trastornos del comportamiento como elemento iniciador de conflictos. Desde estos sentimientos, no es difícil que surja el resentimiento y una relación asimétrica o de jerarquía y poder; también, el apareamiento de un sinnúmero de otro tipo de emociones que deterioran, aún más, la relación, llegando a generar, en casos extremos, violencia como única salida y desfogue emocional. Así concebida, la relación se vuelve culposa y cargada de vergüenza.

La sexualidad es una condición del ser humano que se hace presente desde el momento mismo de su concepción y termina cuando éste deja de existir. Podría describirse a la sexualidad como el conjunto de fenómenos emocionales y de conducta relacionados con el sexo, que marca de forma decisiva al ser humano en todas las fases de su desarrollo. El concepto de sexualidad comprende, tanto el impulso sexual dirigido al goce sexual inmediato en los diferentes aspectos de sentimiento corporal, como aquel orientado hacia la reproducción y las expectativas de rol social y grupo cultural¹⁰.

La sexualidad solamente puede ser entendida y analizada en forma adecuada si se tiene en cuenta sus contextos social, cultural y temporal, pues la significación que cada sociedad atribuye a la sexualidad, al cuerpo masculino y femenino, y a la organización

⁹ Ibid, pág 276

¹⁰ ROMERO, Leonardo, 2003, pág. 19.

del potencial erótico humano, difiere profundamente de una a otra. Por tal razón., no se puede hablar de una esencia absoluta en la sexualidad humana.

Cuando se habla de sexo y sexualidad es necesario considerar que cada individuo, cada familia o grupo social construye y recrea sus imaginarios muy particularmente sobre estos términos, en cuanto a su sentido, su valor y su papel en el ser humano y en su vida.

También es importante tener en cuenta que, no existe una definición única de lo que es la sexualidad. Cada individuo crea su concepción según haya sido su historia personal y su “aprendizaje” en el seno familiar, social y cultural en que se desarrolla¹¹. Socialmente, cada individuo puede dar alguna atribución o significado a cada una de sus vivencias y experiencias sexuales; crea sus imaginarios y define a la sexualidad de manera amplia o reduccionista, integrada o sesgada, en base a ese contexto.

Las palabras “sexo” y “sexualidad” generan conceptos, ideas y pensamientos diferentes; algunos piensan en relación sexual, otros en características de género; otros imaginan órganos genitales y reproducción; otros piensan en amor de pareja, en atracción sexual, cada cual enfatizando y dejando entrever algún aspecto que evoca sus propios imaginarios, sus vivencias personales y sociales y, junto a éstas, se pueden percibir diferentes y diversas manifestaciones de vergüenza, especialmente si se tocan tópicos sobre el erotismo y el placer, cuando la persona mira la sexualidad desde una visión muy espiritual; o de culpa, si sus prácticas sexuales rompen las normas que rigen social o culturalmente.

Las expresiones de sexualidad se manifiestan diariamente en las diversas actitudes y conductas de relación con personas del mismo sexo o del otro sexo y se encuentran condicionadas por las fuerzas fisiológicas, emocionales, intelectuales, sociales y culturales que están sujetas a modificaciones, especialmente durante la niñez y adolescencia, influyendo de manera permanente y directa en las posibles actitudes y conductas que tendrá el adulto como resultado de su experiencia y aprendizaje.

La afectividad, la comunicación, la condición de manifestarse como hombre o mujer, los valores, la moralidad, los mitos y creencias son esferas que interactúan entre sí y que

¹¹ La definición de la sexualidad es diferente si la plantea un sacerdote, un sociólogo, un psicólogo, un educador, un padre de familia, un adolescente, una niña, un médico, un sexólogo, una trabajadora sexual, etc.

pueden potenciar o limitar el ejercicio de la sexualidad; todo esto enmarcado en un determinado contexto familiar, social y cultural. Esto implica un comportamiento distinto para cada individuo que se refleja en su capacidad de comunicarse corporalmente, el desarrollo de su autoestima, el contacto con sus emociones y sentires, sus concepciones de género y sus prácticas sexuales, etc.¹²

Durante siglos se consideró que en los animales y en los hombres la sexualidad era básicamente de tipo instintivo. En esta creencia se basaron las teorías para fijar las formas no naturales de la sexualidad entre las que se incluían aquellas prácticas no dirigidas a la procreación como la masturbación, las diversidades sexuales y la violación.

En culturas occidentales como la nuestra y en sociedades estructuradas bajo ciertas creencias religiosas, se han “satanizado” las prácticas sexuales y, en especial, el placer sexual, considerándolo dañino y peligroso. Los “deseos de la carne”, “los apetitos sexuales”, como se ha denominado a los impulsos sexuales, se asocian al pecado, a lo diabólico y por tanto se consideran peligrosos en sí mismos. Por ejemplo, en ciertas sociedades o épocas se consideró que un hombre y una mujer debían casarse para cumplir con el objetivo social de procrear. Así cada cultura ha regulado y ha establecido normas y reglas sobre el emparejamiento, sobre las edades de iniciación sexual, etc. En ciertos ámbitos se sostiene que la pareja debe mantenerse monogámica, fiel y relacionarse sexualmente únicamente para tener hijos.

De esta manera ideas y costumbres se ha transmitido a través de generaciones y así, también se ha transferido la represión de las emociones y del placer sexual y, por consiguiente, las expresiones sexuales fuera de este contexto, han provocado en el individuo una serie de sentimientos de culpa y vergüenza que, de una u otra forma, han marcado frustraciones y tensiones en su vivir diario.

En Occidente, la sexualidad ha sido entendida como una categoría esencial que determina la identidad y el yo masculino y femenino, que define a las personas como homosexuales o heterosexuales, normales o anormales, naturales o antinaturales. Es decir que lo biológico y anatómico pasa a ser el significante de la división hombre-mujer, en tanto se tenga un determinado órgano sexual y la capacidad o no de

¹² ROMERO, Leonardo, “ Electos de sexualidad y educación sexual”,2003, pág 23

reproducción. Nuestras sociedades han atribuido a la sexualidad una relación íntima con la naturaleza, la virtud, la verdad y, por supuesto, con la reproducción¹³.

La Medicina, la Psicología, la Sexología, la Pedagogía y el Derecho junto con la Iglesia, asumieron la tarea de instituir las normas morales, sociales y legales dentro de cuyo marco se podía ejercer y/o entender la sexualidad.

El afán de atribuir a la sexualidad y al cuerpo una verdad única y homogenizante ha provocado que la diversidad humana y sus opciones fuesen objetadas, invisibilizadas y aún atacadas, restringiendo la autonomía individual y transformando los placeres en parte del discurso de lo perverso, y por lo tanto, sujeto de control.

Se ha considerado que la única función natural del sexo es la reproducción, ignorando totalmente la existencia de otras actividades sexuales dirigidas más bien al placer antes que a la reproducción, y reconociendo a la respuesta erótica heterosexual como una respuesta "natural" única, instintiva e innata, por lo que cualquier otra respuesta es vista como una perversión que transgrede los instintos "normales y naturales". La diversidad es vista como un grave peligro que pone en riesgo la "organización" social.

A través de sus trabajos¹⁴, Freud contribuyó a una nueva teorización sobre el sexo y la sexualidad en la modernidad, a pesar de que parte de sus formulaciones han sido motivo de profundos cuestionamientos desde el feminismo y los movimientos *gay*-lésbicos, como su famosa teoría de la "envidia del pene", o "la homosexualidad como perversión". Es importante rescatar que sus aportes han sido motivo de nuevas interpretaciones que se han convertido en verdaderos desafíos a la ortodoxia de la sexualidad tradicional. Freud podría ser considerado como el precursor de la crítica a la visión de la sexualidad como naturaleza y destino, así como de la inflexibilidad de la diferencia sexual.

Humberto Maturana¹⁵, José Pedro Barrán¹⁶ y Wilhelm Reich¹⁷, en sus textos, coinciden en que, junto con el núcleo familiar, las instituciones sociales: escuela, iglesia, medicina, tradicionalmente han sido entidades de control y vigilancia del comportamiento y conducta social y, por ende, sexual de los individuos, al establecer

¹³ Ibid, pág 25.

¹⁴ FREUD, Sigmund, "Tres ensayos de la teoría sexual", 1905.

¹⁵ MATURANA, Humberto, "La objetividad, un argumento para obligar", pág 59 – 63.

¹⁶ BARRAN, Pedro, "El adolescente ¿Una creación de la modernidad?", pág 182

¹⁷ REICH, Wilhelm, "La revolución sexual" pág. 207

normas, leyes y sanciones. De esta manera aparecen espacios de poder que marcan las diferencias y dominios en la relación de los individuos.

A fines de la década de los 70, las teorías de la sexualidad sufrieron una transformación interpretativa. El exponente mayor de esa época es Michel Foucault, para quien la sexualidad no es una simple realidad natural que las distintas sociedades y épocas reprimen a su manera, sino en sí misma es producto de un complejo proceso de construcción social, es un *constructo* de un conjunto de prácticas y de relaciones sociales, de lo cual se deriva una relativización acerca de los juicios de valor que las diferentes opciones sexuales merezcan.

Michel Foucault exploró los modelos cambiantes de poder dentro de la sociedad y la forma en que este poder se relaciona con la persona; rastrea las etapas por la que la gente ha llegado a comprenderse a sí misma en las sociedades occidentales como seres sexuales y, relaciona el concepto de sexualidad que cada uno tiene de sí mismo con la vida moral y ética del individuo. Afirma que, a partir de la revolución burguesa, la familia nuclear confisca la sexualidad de hombres y mujeres, la encierra, la absorbe en “la seriedad de la función reproductora”¹. Foucault afirma que hasta el siglo XVII existía franqueza y desinhibición respecto de la sexualidad, las transgresiones eran visibles y los cuerpos se exhibían. “El sexo se reprime porque es incompatible con la nueva moral social: el trabajo”¹⁸.

Este autor insiste en el rol creativo y formativo que tienen las instancias de poder sobre la sexualidad, lo cual no implica una negativa de la existencia de la represión sexual a lo largo de la historia. Entiende a la sexualidad como una relación de poder, en la cual coexisten mecanismos ideológicos por los que un saber particular se instala como “verdad”. Esta sospecha sobre la “objetividad científica” guía a Foucault en sus reflexiones sobre el nacimiento de la prisión y las tecnologías del cuerpo; el conocimiento psiquiátrico y la constitución de un saber científico sobre el sexo y la sexualidad.

La Medicina y la Psiquiatría toman parte clasificando, ordenando, normalizando las conductas sexuales humanas; se erige la sexualidad de la pareja conyugal, monogámica, heterosexual y se pone en entredicho las llamadas “sexualidades periféricas” o diversidades sexuales.

¹⁸ FOUCAULT, Michel, “La historia de la sexualidad”, pág. 103.

Las reglas disciplinarias reprimen al sexo y simultáneamente lo prohíben. Solamente la heterosexualidad es reconocida como sana y normal; se condena la homosexualidad, el incesto y la promiscuidad. De esta manera, el discurso hegemónico del poder, no solamente nombra a la sexualidad sino que la crea.

La medicalización de la sexualidad determina que ésta sea explicada en base a sistemas clasificatorios que convierten las prácticas sexuales en esencias. .

Políticamente, el Derecho es la institución que norma el ejercicio de la sexualidad por excelencia, los Estados toman a la sexualidad como un problema económico y político y por tanto, se dictan normas referidas a la población en general: natalidad, morbilidad, fecundidad, formas de alimentación, vivienda, etc.

La Escuela es una agencia determinante para los comportamientos fijados por el origen y la cultura del medio social del individuo. Existe una importante relación entre los procesos educativos y la adquisición de valores y comportamientos sociales.

Según Kenneth Plummer¹⁹, respecto de la sexualidad, cada cultura establece "restricciones de quién" y "restricciones de cómo". Las primeras tienen que ver con la formación de parejas según el género, la edad, el parentesco, la raza, la casta, la clase, etc.; las segundas se refieren a los órganos que se usan en el ejercicio de la sexualidad: los orificios que pueden ser penetrados, la posición como ha de practicarse el coito, qué puede tocarse y qué no, con qué frecuencia y en qué circunstancias. Es decir que determinan lo tolerable, las prohibiciones, los límites y las posibilidades a través de las cuales se organiza la vida erótica. Estas reglamentaciones se manifiestan de varias maneras: formales, informales, consuetudinarias, legales y extralegales; muchas veces no corresponden a la realidad social y se diferencian según se trate de mujeres u hombres.

Una de las instituciones más importantes en la reglamentación de la sexualidad es la religión. Las iglesias legislan sobre la sexualidad, de tal modo que la conducta sexual está determinada por preceptos cristianos de virginidad, castidad, indisolubilidad del matrimonio. De esta manera, se imponen nociones de culpa y pecado al ejercicio de la sexualidad y, por supuesto, se reprime el ejercicio de la libertad sexual.

¹⁹ PLUMMER, Kenneth, "Sexual diversity, a sociological perspective", pág. 237.

Pero la familia es, de manera primordial, la institución en la que se ejerce el “poder-saber” sobre la sexualidad, no solo para condenar o tolerar sino para dirigir, administrar y regular.

George H. Mead analiza ampliamente desde su enfoque psicosocial, tres niveles de adaptación del individuo como persona que pertenece a una estructura social, a un orden social determinado y el efecto que éste produce en la conducta y comportamiento del “miembro individual”. Estos niveles son: biológico, afectivo y mental²⁰.

A nivel biológico el individuo desarrolla necesidades fisiológicas, gestos o preferencias características según el entorno sociocultural en el que vive. A nivel afectivo, cada cultura o sociedad favorece o rechaza la expresión de ciertos sentimientos. A nivel mental el individuo incorpora conocimientos, imágenes, prejuicios o estereotipos característicos de una cultura determinada.

El individuo como parte de un grupo social debe compartir con los demás: valores, normas, modelos, símbolos establecidos, pero no todos presentan la misma respuesta a esas normas y valores. La adaptación al medio social implica diferentes grados de conformidad individual, dependiendo de la sumisión o libertad de decisión personal y de la rigidez o tolerancia de la sociedad.

Todos estos factores hacen que la persona pueda acumular sentimientos que en circunstancias determinadas puedan manifestarse como culpa o vergüenza, al considerar que sus actitudes rebasan los límites socialmente impuestos.

Los tabúes sociales o religiosos tales como: aquellos que se refieren a la virginidad, la masturbación, las relaciones prematrimoniales, entre otros, pueden condicionar considerablemente el desarrollo natural de la sexualidad desde el punto de vista psicológico, provocando el apareamiento de sentimientos diversos como timidez, frustración, culpa, vergüenza, según se transgredan las normas establecidas.

Completando esta noción, a la luz de autores como Michel Foucault, Kenneth Plummer y otros, entiendo a la sexualidad como un *constructo* social, resultado de la interacción de múltiples factores políticos, sociales, económicos, culturales y subjetivos, como consecuencia de procesos históricos y dinámicos, inmersos en las relaciones sociales y culturales, en el cual se expresan sistemas simbólicos, saberes, imaginarios, discursos y

²⁰ MEAD, George, “Psicología social y sociología”, pág 57.

prácticas, a partir de los cuales se establecen relaciones de poder, dominación, resistencia y respuesta individual y colectiva; es una condición del ser humano que por ser natural, no es estática ni inmutable.

En los últimos tiempos, el tema de la sexualidad, si bien ha continuado siendo controversial para muchos, ha tomado actualidad y ha dado lugar a que las personas opinen sobre el mismo con mayor libertad y conocimiento. La información que se puede obtener a través de diferentes medios, ha permitido ciertos cambios importantes en la mentalidad y en las actitudes individuales y colectivas frente a la posibilidad de ejercer la sexualidad de un modo diferente y satisfactorio.

En esta era tecnologizada, las fronteras se han abierto y muchos tópicos que no se mencionaban antes, actualmente penetran en la vida de los individuos en muchos sentidos. Todo aquello considerado oculto, prohibido, obsceno, marginal, hoy resulta accesible para todos los individuos, hombres mujeres, niños, niñas, jóvenes, adultos, etc. a través de los medios de comunicación, en el mercado. No es difícil encontrar tiendas en donde se exhiben objetos que tienen relación con el tema de la sexualidad.

Sin embargo, no todos los individuos pueden acceder a todos los medios y al existir grupos sociales diversos al igual que culturas, el criterio que se mantuviere sobre las prácticas sexuales y la concepción misma de sexualidad continuará bajo específicos puntos de vista en los que probablemente seguirá interviniendo el sentido de lo moral y valores sociales involucrados y, por supuesto, permanecerán impulsos que provoquen en el individuo emociones de frustración, temor, culpa y vergüenza con la consecuente repercusión en sus relaciones interpersonales y sociales.

CAPITULO 2

EMOCIONES QUE ACOMPAÑAN A LA CULPA Y A LA VERGÜENZA

Las emociones juegan un papel significativo en nuestras vidas; creo que pueden generar estímulos y energías poderosas para alcanzar objetivos que cada persona se propone. Pero, también creo que pueden provocar frustraciones profundas que inhiben pensamientos y acciones. En las relaciones con los demás, opino que las emociones pueden ser capaces de transmitir entusiasmo y reclutar seguidores de proyectos; pero, también podrían ser capaces de generar conflictos y rechazos.

Juan Carlos Medina opina que “Las emociones son variadas e inmensamente ricas en sus manifestaciones, expresiones y sentimientos. Se mezclan como los colores para crearse y redefinirse. Se sienten y expresan de manera individual y personal”²¹.

Yo puedo definir las emociones como estados de ánimo que expresan maneras de sentir de los individuos, los mismos que las manifiestan a través de gestos, actitudes u otras formas de expresión que traducen o ponen en evidencia vivencias o recuerdos de la vida de una persona. Por lo tanto, pienso que cada persona está “ligada” a este tipo de expresiones desde el momento mismo en que es, inclusive dentro del seno materno, si se acepta que en el proceso de desarrollo como embrión y luego como feto es capaz de receptor todas las vibraciones internas o externas que le llegan a través de su madre.

El individuo al nacer se manifiesta auténticamente con sus emociones, a medida que es influenciado por el medio en que va creciendo, aprende a sustituirlas o cambiarlas, es su manera de adaptarse y de tratar de mantenerse en armonía con lo que le rodea, aunque únicamente sea una forma de sobrevivir. En este proceso puede ir reprimiendo sus auténticas emociones, reemplazándolas y adquiriendo otras, creando máscaras o formas

²¹MEDINA, Juan Carlos, “Diario de crecimiento emocional”, 2003, Pág. 6

de comportamiento con las que puede cubrir sus verdaderos sentimientos y que le ayudan a desenvolverse dentro de su grupo familiar o social. Estos cambios emocionales de adaptación pueden ser producto y estar vinculados a los marcos referenciales y creencias familiares y culturales.

Las emociones pueden modificarse cualitativamente. Si una emoción es inaceptada, prohibida o ignorada dentro del marco familiar o social ésta puede ser sustituida por el individuo por otra que, aunque no sea auténtica, sí es aceptada o al menos reconocida. Este mecanismo de sustitución permite al individuo mantenerse dentro de las normas y disminuir una carga emocional que provoque sentimientos de culpabilidad y por consiguiente, diversas manifestaciones de vergüenza ante los demás.

Por ejemplo, en el proceso de acompañamiento de Maribel, una adolescente de 16 años, que se practicó un aborto, pude evidenciar claramente este mecanismo de sustitución. Durante las dos primeras sesiones, Maribel trataba de mostrarme su entereza esquivando la mirada permanentemente. En ocasiones hasta se mostraba desafiante y hablaba con tono burlesco. Pensé que no llegaría a una tercera sesión pues, creí que no había logrado un buen nivel de acercamiento para poder acompañarla. Me equivoqué. Maribel se “quebró” y sacó a la luz su gran sentimiento de culpabilidad ante el hecho de haber aceptado el aborto. Fue empujada por su pareja a tomar la decisión y se encontraba en un estado considerable de depresión, con intento de acabar con su vida.

Durante dos meses acompañé a Maribel y en el proceso tuve la oportunidad de observar una gama de emociones que se fueron haciendo presentes junto con el sentimiento de culpa: ira, tristeza, angustia, miedo, frustración, alegría, ternura, etc.

Su ira se hacía evidente cuando expresaba su situación de sentirse abandonada por su compañero después de haberse practicado el aborto y, la poca responsabilidad que él demostró ante tan difícil decisión. A la vez, manifestaba sentirse frustrada y defraudada por haber sido utilizada.

La posibilidad de saber que fue capaz de concebir un ser en su vientre, hacía que su rostro cambiara, su mirada tomaba visos de alegría y sus palabras tenían un tono diferente al que se notaba cuando me pedía que guardara su secreto. Estas últimas eran palabras llenas de angustia y miedo hacia lo que podía sucederle: enfrentar la vergüenza y la culpa ante su padre, primordialmente, y también ante su madre que, seguramente la

perdonaría pero no dejaría de señalarle por su error; además que, siendo la hermana mayor, acrecentaba aún más su culpa por ser “mal ejemplo”.

En algunos momentos, cuando acudió a la consulta con su hermanito de 2 años, su actitud de ternura y cariño se podía observar en su rostro, en sus ojos y sus ademanes de evidente afecto hacia el niño. Comentó que desde que perdió a su propio bebé sentía que lo quería más y que hacía todo por protegerlo; de esta manera yo percibía que ella aliviaba un poco su tristeza y se sentía menos culpable.

Maribel expresaba sentirse muy avergonzada por su acción, quizás se mantendrá para siempre en su recuerdo y, también es posible que la culpabilidad siga presente, pero pudo, sin embargo con algún esfuerzo, suplantar algunas de las emociones que afectaban y le impulsaban a desear terminar con su vida..

Se hizo el propósito de no cometer nuevamente el mismo “error”; sabiendo que puede volver a enamorarse, mas la experiencia que le dejó esta vivencia será la pauta para relacionarse “con mucho cuidado”.

Poner “más empeño” en el estudio y en las tareas de la casa sería una forma de “olvidarse” y de buscar otras circunstancias favorables para su propio beneficio²².

A través del caso de Maribel y el de otras personas a las que he acompañado, en la cotidianidad de la relación con los compañeros de trabajo, en el seno familiar, y en mis propias manifestaciones personales, he podido darme cuenta de diversas expresiones emocionales que pueden irse presentando en la medida en que las personas sentimos que hemos incurrido en alguna “falta” y tratamos de reparar o “purgar” este hecho.

Teniendo como denominador común a los sentimientos de culpabilidad y vergüenza, en casos diferentes al de Maribel, por su problemática, pude detectar diferentes emociones, algunas de ellas contradictorias con las circunstancias que se desarrollaban al momento de la consulta o de la entrevista.

²² Significa ir adaptándose a su propia realidad, asumir sus sentimientos de culpa y proyectarse con una nueva mirada hacia cambios que le permitan continuar su vida.

AFECTO Y AMOR

En una de las noches que hacía guardia en el Servicio de Emergencia del Centro de Salud de Guamaní, llegó una mujer de mediana edad, acompañada por miembros de la Policía Comunitaria, quien había recibido una fuerte agresión física por parte de su conviviente, que además agredió a su hijo y quiso violar a su hijastra. El agente de la policía solicitó que realice el examen correspondiente a las tres personas y emita el respectivo informe médico, debido a la denuncia que realizó la mujer agredida. Así lo hice, además de curar sus heridas y aplicar los correspondientes medicamentos de emergencia.

El agente le explicó a la señora que habían detenido a su conviviente y lo llevarían al calabozo del Retén Policial. En ese momento la mujer se abalanzó a la puerta y con llanto frenético le rogaba al policía que no lo llevaran preso.

“No sea malito, por favor, lo que pasa es que está borracho..... No siempre es así, si es bueno con nosotros, si nos llevamos bien, sólo cuando toma se pone así, es bien cariñoso.....Yo de gana.....sólo por asustarle fui a la Policía. Yo misma le provoqué porque le reclamé por qué llega tomado y como mi hija se puso delante entonces le botó al suelo pero nada no le hizo..... Si le lleva después más bravo se ha de poner.....mejor déjele nomás.....Ya comiendo...-le voy a preparar un buen caldo- y durmiendo le pasa...”

Se acercó al patrullero y le pregunto: “Mijo, ¿no cierto que ya no vas ha hacer esto de nuevo?”

Aunque no obtuvo respuesta se sintió satisfecha y tranquila (creo que aparentemente) Estas y otras palabras surgieron de la señora. Luego pidió disculpas por haber provocado el incidente y a la vez recriminaba a sus hijos.

En el discurso que utilizó para convencer a los policías de que no encarcelaran a su esposo, la mujer se mostraba muy consternada y asumía tácitamente su culpabilidad por la situación que estaba atravesando su esposo y no podía ocultar su vergüenza hacia los

demás. Se tapaba la cara permanentemente con sus manos y pedía disculpas reiteradamente.

Durante muchos años, en la práctica profesional ha sido para mí, un tanto controversial, el saber que mujeres violentadas por sus parejas o niños, niñas y adolescentes que han sido maltratados por sus progenitores, al ser interrogados en cuanto a los sentimientos que guardan hacia sus agresores, manifiestan que los siguen queriendo y que les tienen mucho *afecto*. En muchas de estas mujeres, la culpabilidad es un sentimiento tan fuerte que llegan al punto de aceptar que la agresión o el castigo recibido es algo merecido por sus actos, los mismos que molestan o provocan el enojo de quien les agrede, y al tolerar esta acción lo hacen por un *acto de amor*. Muchas de las mujeres que denuncian la agresión, luego de hacerlo sienten arrepentimiento y vergüenza por haber tomado tal actitud. El sentimiento de culpabilidad hace que, en no pocas ocasiones, se nieguen a sí mismas el hecho real que les hizo tomar la determinación de la denuncia y dicen “haberse equivocado”.

He podido percibir que la necesidad de afecto, de sentirse queridas o de ser tomadas en cuenta, da lugar a conductas que llevan al acercamiento y favorecen la relación, aunque esta no sea beneficiosa. En muchas de las ocasiones, el deseo de sentirse respaldadas y, de cualquier manera, protegidas por la presencia masculina provoca la aceptación y a la vez adaptación a este tipo de vida.

Esta forma de acomodación se convierte en un estado permanente de despliegue emocional por la necesidad de apoyo y protección; en el caso de la relación de pareja se manifiesta con relaciones íntimas más profundas aceptadas “por compromiso”. Muchas de las mujeres que son continuamente agredidas, aceptan esta situación y la asumen con sumisión, crean una relación de dependencia y, no es poco probable, que se busquen motivos y circunstancias para que se de la agresión como una forma de ser tomadas en cuenta.

Similar condición sucede con los niños, las niñas y los/las adolescentes quienes pueden aceptar el maltrato porque de esta manera hacen que sus padres (generalmente los agresores) se fijen en ellos.

Otra connotación tiene el abuso sexual, sin embargo, niños, niñas y adolescentes que lo han sufrido, lo toleran porque quien practica el abuso lo hace “por quererles mucho”.

La culpabilidad y la vergüenza que asumen no les permite, en muchos de los casos denunciar su situación de conflicto emocional, a menos que exista una inminente circunstancia de que el agresor quiera usar su poder también hacia otra persona (hermana, hermano, etc.) y a fin de proteger a ésta, deje conocer su propio problema. De no hacerlo, la culpabilidad sería aún mayor.

Más o menos así fue como Susana, una adolescente de 14 años nos hizo conocer sobre sus sentimientos de culpabilidad ante el hecho de haber sido abusada sexualmente por su padre desde los 8 años; todo ese lapso ella guardó el secreto hacia su familia y en especial hacia su madre. Había sido un tiempo de mucha angustia, inseguridad e incertidumbre, sin embargo la relación de sus progenitores se veía muy sólida y ella no quería ser la culpable de un quebrantamiento o rompimiento entre ellos. Guardó el secreto hasta que percibió que su padre se mostraba muy cariñoso con su hermanita menor de 6 años y ésta, que antes había sido muy alegre se transformó en una niña agresiva y escurridiza. “Ya no pude aguantar más, me sentía cómplice y culpable por no decir nada..... No quería que a mi hermana le pase nada”.

Susana tuvo el valor de contarle a su hermano mayor. Este reaccionó de mala manera y lo que ella recibió de él fueron unos cuantos golpes y acusaciones hirientes. Se sintió “sucio y muy avergonzada” pero decidió acudir al Centro de Salud para pedir ayuda. Quería abandonar su casa y llevarse con ella a su hermana. “Yo le quiero mucho a mi mami y no le deseo ningún mal.... No sé lo que siento por mi papá, pero no le odio, sólo quiero que ya no me toque, ni le haga daño a mi hermanita..... Tampoco quiero que le lleven preso a mi papá..... sería mucha vergüenza para la familia y no quisiera ser la culpable.....Yo solo quiero que cambie, que me respete y me quiera como a hija”.

Ante este tipo de sucesos, me han surgido muchas interrogantes que quedan flotando porque no encuentro respuestas: ¿Será el afecto, la culpa, la vergüenza lo que hace que las personas puedan continuar aceptando ser violentadas y manteniendo una relación, aunque esta sea “fraccionada”?

La respuesta que ha aparecido por lo general, es que el afecto es muy importante y no hay argumentos para hacer un juicio negativo hacia los padres agresores. La culpa y la vergüenza podrían manifestarse, más bien, en el sentido de que alguien pueda enterarse

(vecinos, otros familiares) y ser “señaladas”. Una persona, hombre o mujer, en su niñez o adolescencia que ha sido abusado/a despierta muchas reacciones dentro de su propio círculo familiar y en su entorno social. Alrededor de esta circunstancia se pueden producir sentimientos de solidaridad, de lastima, de compasión, de desprecio, de agresividad, etc. y hasta de curiosidad nociva y estigmatización hacia el/la afectado/a. Además, en algunos casos, las víctimas han expresado sentirse “observadas permanentemente por todos como si fueran raros”.

En el caso comentado, aparece la vergüenza como un temor a la crítica. Susana también “cargaba” la culpa y vergüenza del “que dirán” de su papá en la posibilidad de que los demás se enteren y por esto ha tratado de mantener una aparente buena relación con él.

Susana también me refirió que tuvo un novio con quien sostuvo una relación agradable, pero que para ella fue un gran limitante poder continuar ya que, cuando él quería besarla o acariciarla siempre venía a su mente la figura de su padre y la vergüenza; se sentía sucia y esto originaba un malestar que hacía rechazar esas actitudes de su enamorado.

Juan Carlos Medina se expresa sobre este particular de la siguiente manera:

“El afecto, el amor incluye un objeto (persona, animal, etc.) con el que se mantiene un vínculo trascendente, más allá del argumento de vida.... pero puede existir un falso afecto que es una situación en la que incluye una persona hacia la que se manifiesta una expresión de afecto que en realidad no se siente pero que se debe hacer por razones de convivencia”²³.

ALEGRÍA Y PLACER

Concibo a la *alegría* como una emoción que se manifiesta como una expresión de regocijo que abarca una amplia gama de comportamientos que van desde reírse de un chiste o una gracia, hasta las satisfacciones, disfrutes y placeres más intensos.

²³ MEDINA, Juan Carlos, “Diario del crecimiento emocional”, 2003, pág 28

La alegría puede ser un buen instrumento para activar comportamientos de gozo y regocijo, de entusiasmo y entrega a la situación que se está viviendo. Pero creo que no siempre es así.

En lo que he podido observar en el trabajo cotidiano, en la consulta, al conversar con adolescentes que han iniciado su actividad sexual, hombres y mujeres manifiestan que si bien han podido sentir placer en sus relaciones sexuales, ese goce se transforma en una situación culposa porque no pueden dejar de lado la moral social.

Sofía, de 15 años, una de las chicas adolescentes que se encuentra embarazada fue muy clara en expresar: “sentir a mi hijo dentro de mí me hace muy feliz, pero siento mucha vergüenza cuando todos me miran y probablemente me califiquen como una cualquiera...Mi mamá me expulsó de la casa y esto me hace sentir muy culpable por no haberme cuidado para no quedarme embarazada”.

Otra joven relató que ella mantiene relaciones únicamente anales y practica también el sexo oral. Siente mucho placer cuando mantiene la relación sexual con su pareja pero después, -indica ella- “me entra un arrepentimiento porque creo que estamos siendo muy pecadores y estamos actuando contra Dios y contra la naturaleza. Esto me hace sentir muy mal, pero vuelvo a hacerlo porque a la vez me gusta mucho, me siento viva”.

Expresiones similares de culpabilidad se pudieron receptor en referencia a mantener relaciones prematrimoniales.

Algunos de los chicos y de las chicas con los que trabajé expusieron, aunque con timidez, que el placer se hace presente aún con solo evocar el momento de intimidad, en algunos de ellos pude observar expresiones de alegría y deleite. Según sus propias afirmaciones, la culpa se hace presente al tomar conciencia de que es un acto “tachado” o juzgado por la sociedad²⁴.

²⁴ Talleres: “Sexualidad”, Colegio Ricardo Cornejo, Guamaní, 2003

MIEDO Y TEMOR

Pienso que el *miedo* es una reacción emocional que se hace presente cuando algo o alguien amenaza mi integridad física, psíquica, mis valores. Es la reacción que presento frente a un peligro externo, real, a un daño esperado, previsto, que me amenaza, en un momento determinado.

No me ha sido fácil describir al miedo junto a la culpa y a la vergüenza. El sólo hecho de pensar o hablar sobre sexualidad va ligado con miedos y temores que han sido transmitidos a través de generaciones dentro de las sociedades y culturas. Creo que desde esos contextos se ha podido generar sentimientos de culpa y vergüenza en cuanto se refiere a las prácticas sexuales y a casi todo lo que tiene que ver con las relaciones de pareja.

Mirando hacia atrás, en mis recuerdos y vivencias, el miedo fue el factor que puso límite en muchas de las decisiones que tomé en mi adolescencia porque.... “qué vergüenza que me vean con mi enamorado y que le cuenten a mi mamá”..... “no puedo quedarme más tiempo contigo (con mi enamorado) porque mi papá se enoja y yo me siento muy mal”.

Pero debo admitir que no sólo pudo haber sido el temor o el miedo a ser censurada por dichas circunstancias; creo que en esos momentos había otro factor importante que surgía ante la relación: el pudor. Es difícil para mí describir lo que significa el pudor. Podría decir que tiene que ver mucho con la vergüenza, algo instintivo que ofrece un mecanismo de defensa hacia la protección de la intimidad. No es mi interés presentar al pudor como el miedo a exhibir el cuerpo desnudo, o mostrar algunas de sus partes, o manifestar placer y gozo cuando es acariciado. Concibo al pudor como un elemento de respeto al propio cuerpo y también al del otro; como algo que permite guardar la propia intimidad y valorizar la relación con el ser amado.

Casi la totalidad de los/las chicos/as con los que trabajé en los talleres expresaron sentir miedo (según mi concepción podría hablarse de pudor) al empezar una relación de pareja y, más aún, si la relación había llegado a niveles de mayor intimidad sexual. Manifestaron el *temor* a ser rechazados/as por la persona de la que se habían enamorado y, algunas mujeres, especialmente, habían experimentado miedo y al mismo tiempo

vergüenza y culpa, al pensar que podrían ser “conquistadas por los hombres solamente hasta tener relaciones sexuales”.

El miedo a un embarazo también es un limitante frecuente en las relaciones de pareja que mantienen los/las jóvenes, ¿será por la vergüenza ante su grupo social y la culpa por no haber tomado precauciones, a la paternidad o maternidad temprana? Probablemente esta interrogante tenga una respuesta positiva.

TRISTEZA, ANGUSTIA Y DEPRESION

Desde mi punto de vista, opino que la *tristeza* puede ser descrita como una emoción que facilita el proceso del duelo, y permite aceptar las pérdidas: ya sean de seres queridos, objetos, cargos, trabajos, belleza física, ilusiones, etc., que puede generar un comportamiento melancólico, pasivo, de añoranza y resignación. Creo que la tristeza va de la mano con el arrepentimiento y éste de la culpa. La tristeza incluye una ausencia, una pérdida temporaria o definitiva que es altamente significativa para quien la sufre.

El caso de Maribel, mencionado anteriormente, puede recrear esta relación entre culpa, vergüenza y tristeza. Cuando la tristeza se volvió más profunda, Maribel pudo llegar a un estado de gran angustia y, en su momento más profundo, provocó tal condición de depresión que le llevó a desear su propia autodestrucción.

Soledad, una joven de 17 años, acudió a la consulta de ginecología para solicitar un método anticonceptivo. La obstetrix que la atendió pudo darse cuenta que la actitud de su “paciente” demostraba mucho temor. Indagó un poco sobre esta situación y pudo esclarecer que existían problemas de relación con su pareja que estaban desarrollando un grave proceso de angustia. La obstetrix pidió mi ayuda para que converse con Soledad e iniciara un proceso de acompañamiento.

Debo aceptar que no pude dejar de sorprenderme ante el relato de Soledad. Decía sentir una sensación de opresión en el pecho, confusión, desasosiego, muchos temores y angustia. Sus padres que viajaron a España cuando ella tenía 13 años, la dejaron al cuidado de su tía paterna, una mujer sola e inestable económicamente. Soledad en principio era maltratada por su tía y para evitar los maltratos tuvo que acceder a sus pretensiones e inclinaciones lesbianas. Esto provocaba ya en la chica muchas

alteraciones emocionales y conflictos de relación con otros/as jóvenes. Luego de poco, conoció a Roberto, un muchacho de 22 años, de quien se enamoró y con quien ha logrado una relación bastante estable. Su estado de tristeza y angustia se generó porque su tía, al descubrir que tenía esta relación le amenazó con dar a conocer su intimidad con ella. Ante esta situación, tenía en mente pedirle a Roberto que vivieran juntos, pero además en otra ciudad. No sabía como abordar el tema y con qué pretexto pedirle que se fueran a otro lugar. Se avergonzaba mucho de sus acciones y no sabía si Roberto la entendería. “Si él ya no quiere nada conmigo soy capaz de matarme”, dijo. Su estado de culpabilidad y vergüenza estaba poniendo en peligro su vida.

IRA Y RABIA

La ira es una forma de emoción que puede generar agresión y llevar a concebir sentimientos de venganza.

He podido observar que, ante una situación que engendra culpabilidad, una reacción no poco común entre las personas puede ser la ira. Puede manifestarse como un mecanismo de defensa, para poner límites ante situaciones no aceptadas, o demostrar enfáticamente que existe algo que produce molestia. La ira puede desencadenar comportamientos no esperados y asociada a sentimientos de culpa, puede convertirse en un factor de agresión casi compulsiva hacia otros o de autodestrucción²⁵.

Las situaciones de estrés, especialmente las que siguen a una situación traumática como la violencia, la agresión física, psicológica, etc. por lo general pueden producir una reacción posterior de rabia, de ira. La experimentación repetitiva del suceso traumático hace que sus imágenes se repitan una y otra vez y quien lo ha sufrido no puede evitar revivir dichas imágenes, a pesar de realizar grandes esfuerzos no lo consigue, se escapan a su control y siguen irrumpiendo involuntariamente en su mente. Las imágenes de lo ocurrido aparecen una y otra vez de forma involuntaria provocando altos niveles de malestar, reacciones de ansiedad, ira, rabia, vergüenza, miedo y en muchos casos depresión. La personas que sufren este problema piensan una y otra vez sobre lo ocurrido, tienen sentimientos de culpa por lo que pudieron haber hecho y no hicieron o

²⁵ MEDINA, Juan Carlos, “Diario del crecimiento emocional”, 2003, pág. 33

se lamentan por aquello que no hicieron bien y se muestran muy avergonzadas, tienden a realizar grandes esfuerzos para evitar no solo situaciones similares, sino también cualquier estímulo que pueda tener relación alguna con el acontecimiento que le produjo el trauma²⁶.

Al analizar la situación en los casos de Maribel y Susana se puede rescatar también la frustración, la rabia y la ira contenida, detrás de la vergüenza y culpabilidad que ellas manifiestan.

Cuando trabajaba en el Servicio de Emergencia, llegó a la consulta un joven que fue agredido por un hombre de mediana edad que era su vecino, el mismo que le propinó una paliza en la que descargó probablemente mucha rabia. La compañera del agresor, que fue quien llevó al joven a atenderse, manifestó que su conviviente manifestaba repudio hacia el chico porque era “homosexual”. También añadió que ella se estaba separando de él, porque le encontró manteniendo relaciones con un hombre en su propia cama.

A través de este caso, me atrevo a colegir que la culpa que experimentaba esta persona que agredió al joven, al no aceptarse a sí mismo por su oculta orientación sexual, generó la agresividad a través de la ira.

Una circunstancia similar en que la culpa fue paulatinamente descargada a través de la rabia y la ira fue aquella que vivió Vanesa, una joven que conocí hace algún tiempo. Tenía 16 años cuando se casó con Felipe, de 18. El matrimonio fue apresurado por los padres de Felipe en vista de que querían que su hijo cumpla, por haberla “deshonrado”²⁷.

Patricia, la madre de Vanesa no aceptó totalmente esta decisión, sin embargo no la contradujo. Los recién casados fueron a vivir con los padres de él. Aparentemente todo marchaba bien, sin embargo, Patricia pudo notar cambios preocupantes en su hija, tanto en su forma de vestir como en su comportamiento. Vanesa siempre fue muy alegre y le gustaba vestir con ropa de colores vistosos. Era atractiva y bonita. Después de su matrimonio, comenzó a utilizar colores oscuros, siempre trataba de ocultar su buena

²⁶ Ibid, pág. 35

²⁷ Comúnmente se usa el término por: ultrajado, violado, haber atentado hacia el pudor. La virginidad tiene un significado similar al de honra.

figura y la sonrisa casi había desaparecido de su rostro. Esto preocupó a su madre quien insistentemente trataba de descubrir que sucedía; Roberto estaba desempleado y la situación económica de la pareja era cada vez más difícil, de tal manera que Patricia decidió apoyarles con algunos víveres que su hija recogía semanalmente en la casa de su madre.

Posteriormente, las visitas de Vanesa a su madre se hicieron más frecuentes y Patricia presentía que la relación se había deteriorado aún más por el aspecto de su hija. Era evidente la tristeza y esquivaba la mirada permanentemente. Este episodio culminó cuando sin decir palabras un día llegó la joven y se abrazó a su madre, llorando copiosamente. Pedía perdón por su inconsciencia al aceptar casarse y se sentía muy avergonzada. La felicidad de haberse casado no le duró ni una semana porque recibió continuos mensajes que fueron lastimando su amor propio y disminuyendo su autoestima. Su frustración ante la obligación de usar ropas flojas y oscuras para que nadie se fijara en ella y el maltrato con palabras groseras e impropias provocó una acumulación de sentimientos, entre ellos la ira que generó una gran culpa por al no poder reaccionar y romper dicha situación. Por su parte, Roberto proyectaba hacia Vanesa toda su culpa a través de su insatisfacción y su rabia y la acusaba de “mujer fácil, culpable por no haberse cuidado y de haberse visto obligado a casarse con ella y además, haber perdido su libertad”. La relación se rompió dejando una situación traumática para ambos, con la consiguiente circunstancia de sentirse culpables y avergonzados, guardando rencores, temores, iras y depresión.

Este caso recrea la presencia de la culpa como una combinación de angustia, remordimiento, frustración, ira, rabia, ante la presencia de que un “otro” real o interiorizado puede llegar a sufrir porque existe algo que cambia o abandona el sentido propuesto de vida en común.

CAPITULO 3

LA DIMENSION DE GÉNERO Y SU EFECTO EN LAS IDENTIDADES

Basta observar las características anatómicas de un hombre y una mujer para concluir que evidentemente existen diferencias, especialmente en sus órganos genitales y, precisamente por esta apreciación se determina el ser nominado como “hombre = género masculino” o “mujer = género femenino”. Desde el mismo momento de la fecundación se inicia un complejo proceso de diferenciación someto-sexual que, posteriormente, con base en los condicionamientos culturales y sociales, da como resultado un proceso de diferenciación psicosexual. “Se nace con un determinado “sexo” genético, genital y hormonal y a partir de ésta se construye socialmente una definición y demarcación de lo que es femenino y masculino”²⁸.

Ser hombre o ser mujer determina en gran parte la forma como el grupo social manifiesta sus expectativas respecto de lo que somos como personas. Así como aprendemos a reconocernos como seres únicos e individuales, el medio social y la cultura nos plantean simultáneamente aprendizajes relativos al comportamiento como hombre o mujer, en torno de los cuales se va organizando la vida personal, la vida sexual y la vida social de todo individuo. Las características que definen el comportamiento sexual y social de las personas se determinan por las concepciones particulares que cada sociedad y grupo cultural tiene respecto al hombre y a la mujer. Desde estos principios se van generando los factores que, casi imperceptiblemente, van formando en el ser humano sentimientos de culpabilidad, al incumplir o desbordar los límites de las normas sociales y morales impuestas.

Hombres y mujeres hemos sido educados y socializados de modo distinto en cada cultura, es decir, de acuerdo a creencias, mitos, costumbres que se han transmitido a través de generaciones; por tanto, las bases para aprender, respetar y comprender las

²⁸ ROMERO, Leonardo, “Elementos de Sexualidad”, 2003, pág 34

formas diversas de ser en cada sociedad se plantean como válidas y deseables en cada contexto cultural y, de esta manera, ha podido existir la posibilidad de perpetuar antiguas formas de discriminación y opresión, o erradicar progresivamente las desigualdades e injusticias.

La cultura marca a los seres humanos con el género y, el género marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso, lo cotidiano.

Desde la perspectiva de género, la crítica precisamente apunta a “desnaturalizar” las funciones de los hombres y mujeres originadas en sus características biológicas. No existen tareas, actividades, trabajos, espacios “naturalmente” masculinos o femeninos. Lo que ha existido es una división del trabajo que originándose en las diferencias biológicas, ha sido reforzada por condicionamientos sociales y culturales.

La construcción social de “femenino” y “masculino” está producida y reproducida desde relaciones desiguales de poder y otorgando sentidos de orden moral con efectos de normatividad social, disciplinamiento y estigmatización. Cuando la sociedad califica a cada sexo con particularidades psicológicas y sociales fijas y determinantes, construye también al “diferente”, al “desviado” y de allí la estigmatización y exclusión social está a un solo paso, fácilmente franqueable²⁹.

La idea de género se ha construido a partir de las diferencias sexuales anatómo-fisiológicas, de los valores sociales, del conjunto de prácticas, representaciones, creencias, normas y lo que se espera de los roles o papeles que desempeñan las personas.

Al mismo tiempo, el sistema de género define atributos, formas de relación, especialización, valores, jerarquías y espacios en que se organiza a los individuos según su asignación de género.

Según Mabel Burín³⁰, existe la convicción de que nos vamos construyendo como mujeres y como varones, que “no existe una feminidad ni una masculinidad sino una condición femenina y una masculina”.

De tal manera que se podría creer que es la propia persona quien decide, sobre sí misma, su condición de género y su tendencia sexual. Sin embargo esta libertad no se puede

²⁹ COSTALES, PATRICIA, “Mujer y Derechos Humanos”, Proyecto Familia y Derechos Humanos, 2001, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.

³⁰ BURIN, Mabel, “Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad”, pág 206

dar ante la influencia social y cultural que afecta a los individuos y que va moldeando, construyendo características hacia lo masculino y femenino.

Burín analiza también la importancia de las condiciones desiguales entre los géneros.

Sus trabajos confirman que en la infancia surgen, se consolidan y desarrollan controversias, no sólo de sexo sino de género, entendiendo a éste como una categoría fundamentalmente psicológica cuyo origen se remonta a la célula social que es la familia, que se establece como una de las coordenadas que estructuran al sujeto humano, constituyendo un sistema complejo y multifactorial que actualmente se denomina sistema sexo-género.

La autora menciona el pensamiento de Bourdieu:

“La familia es una institución que ha reproducido un sistema de reproducciones y prácticas de naturalización de desigualdades de género y ha negado, al igual que otras instituciones como el Estado, las Iglesia y la escuela, el papel que ha juzgado el proceso histórico en la ordenación simbólica de los universos femenino y masculino, el sistema de clasificación binaria de las diferencias sexuales y la reproducción de la división social de los sexos”

Esta diferenciación trae consigo unos esquemas dentro de los que social y moralmente tienen que ubicarse los hombres y otros en los que tienen que colocarse las mujeres, desde que son en el mundo, asignados como tales por su estructura anatómico-fisiológica. Así, su forma de vestir empieza a distinguirse por sus colores: rosado para la mujer y azul para el varón. Los juguetes que recibe desde muy temprana edad van marcando las diferencias: muñecas para las niñas y carritos para los varones. El llanto como manifestación emocional es controlado en los varones porque “los hombres no lloran”. La mujer puede manifestar sus emociones mediante el llanto porque “es muy sensible”, el varón “tiene que ser fuerte”.

Podría seguir poniendo muchos más ejemplos, sin embargo considero suficientes para mencionar que, en base a estas manifestaciones de diferenciación, tanto hombres como mujeres hemos ido desarrollando ciertas condiciones que en algunos casos se han podido convertir en prohibiciones.

La culpabilidad aparece cuando se quebrantan las normas, los principios morales, cuando se infringen las leyes impuestas por la sociedad, por la familia, por el criterio propio de la persona.

La violencia contra las mujeres que ocurre en el ámbito familiar si bien hasta hace poco se consideraba “natural”, propia de las relaciones de pareja, donde nadie debía intervenir sin correr el riesgo de atentar contra la privacidad y la intimidad, ha sido también un motivo de vergüenza, especialmente por parte de la agredida.

Los aspectos relativos a la vida sexual y decisiones sobre la reproducción, donde se incluye también la violencia sexual, el control de las decisiones sobre la procreación, los embarazos no deseados, el aborto, los embarazos en adolescentes, entre otros, son temas que emergen del ámbito privado y traen la misma connotación de culpa y vergüenza.

Incursionando en el campo de la moralidad, condición que regula la conducta de los individuos y por la que aparecen las mayores situaciones de vergüenza y culpa, Milagros Palma³¹, en estudios realizados en México, identifica que existe un problema en el que intervienen tanto la moralidad como la identidad. El *machismo* identifica al hombre así como el *marianismo* (representado en el sufrimiento permanente), identifica a la mujer. Dicho de otra manera, el machismo representa la ideología varonil y la masculinidad y, el marianismo representa la contraparte femenina.

Desde esta mirada, se estableció una jerarquía social en la que el hombre es dominante y la mujer subordinada. Se definió roles sociales para unos y para otros y se otorgó a los hombres el poder para mandar y decidir sobre la vida de las mujeres, condicionando la construcción de la identidad masculina y femenina, como si las relaciones de dominación-subordinación entre géneros fueran innatas o naturales. Así, son relaciones inestables e inseguras, expresan conflictos que de una u otra manera establecen tensiones, desacuerdos, rupturas, concesiones, resistencias y a la vez sentimientos de culpabilidad porque existe una desigualdad, una relación de poder en la que la mujer debe adaptarse o transformarse. Nace el resentimiento y con él muchos otros sentimientos que terminan por manifestarse como rebeldía, resistencia, vergüenza, indignación y por supuesto como culpa por tener estos sentimientos. Se podría decir que se genera un círculo vicioso que desestabiliza emocionalmente a la persona y le

³¹ PALMA, Milagros. “Simbólica de la feminidad”. Colección 500 años, n. 23.

lleva a diversas formas de comportamiento, en ocasiones nocivas para su propio desarrollo de vida.

La dualidad de la moralidad (machismo/feminismo) puede ser aplicada igualmente en nuestro medio ecuatoriano.

El concepto de machismo ha sido fomentado y establecido en nuestra gente. A pesar de las “conquistas” feministas todavía existen grupos sociales en los que no se ha perdido este rasgo cultural, aún más, es fomentado por las mismas mujeres al transmitir a sus hijos e hijas creencias que hacen diferencias de género.

Así concebidos, los diferentes sistemas morales pueden considerarse como paradigmas que van determinando acciones de las personas en el quehacer cotidiano y en el ejercicio de la sexualidad.

Tradicionalmente, en la cultura latinoamericana, se ha considerado como masculino: ser agresivo, seguro, controlado emocionalmente, independiente y autosuficiente, en otras palabras poseedor de algunos derechos como el de actuar libremente, sin dependencia y casi infalible. De otro lado se ha considerado femenino: ser dependiente, pasiva suave y sentimental.

En la vida cotidiana, hombres y mujeres realizaban diferentes tareas, de tal forma que los hombres estaban dedicados al trabajo fuera de la casa, en la política, economía, industria, comercio, etc., todas las labores productivas económicamente y, eran por lo tanto, los que proporcionaban el sostenimiento del hogar. Por el contrario, las mujeres estaban orientadas a realizar las tareas domésticas, a la crianza de los hijos, al cuidado y protección de la familia y a no recibir pago alguno por estas labores.

Dentro del contexto de que el género es una construcción cultural y social, de lo que se entiende por “femenino” y “masculino”, es necesario desarrollar un análisis sobre lo que esta diferenciación implica en las relaciones entre hombres y mujeres, puesto que explica la dicotomía que presentan los sexos opuestos, así como las formas de comportamiento, representaciones y valoraciones que la cultura identifica como femeninas o masculinas y, a la vez señala los roles distintos para cada uno de los sexos, dando lugar a paradigmas que sirven como referencia que, pudiendo convertirse en imaginarios, no revelan las realidades que se viven diariamente.

En la actualidad se viven tiempos en los que tanto hombres como mujeres estamos casi obligados a asumir nuevos roles en los espacios públicos y privados y esto no implica

que se hayan perdido los valores y condiciones de sexo y género. Existe un cambio en la mirada frente a realizar tareas que antes eran asignadas únicamente a los hombres o a las mujeres y, esto ha permitido que, en ambos, se hagan visibles cualidades que aparentemente no existían, dando lugar también a comportamientos distintos y cambios en la relación que pueden reflejarse en sus actitudes y prácticas cotidianas, sin dejar fuera de éstas a la sexualidad.

El cumplimiento de nuevos roles, en mi criterio, tiene un valor agregado que se hace presente en el reconocimiento del otro como persona y en el respeto que ésta se merece, puesto que, con estas condiciones, se tiende a eliminar diferencias, desigualdades, desventajas, estereotipos y limitaciones en el crecimiento personal. Como consecuencia es posible, en la práctica, producir modificaciones en la conducta interpersonal y en las acciones públicas y, las transformaciones que se dan en las costumbres pueden generar innovaciones que afectan positivamente al grupo social.

Considero que todo individuo es dueño y responsable de las acciones y decisiones que tome y mediante éstas y aquellas, puede constituirse en un motor provocador de cambios substanciales social y culturalmente.

Ya en la relación interpersonal, a partir del diálogo se intercambian opiniones y sentires y se comparten vivencias que en el contexto social pueden causar impacto y ser un marco referencial en el medio en que se actúan, sea éste privado o público, familiar o institucional.

La clave de la diferencia en las acciones, en las relaciones y en la comunicación entre hombres y mujeres se manifiesta desde la niñez. Niños, niñas y adolescentes aprenden a actuar y desarrollarse en mundos diferentes e influenciados por el entorno. Mientras los varones tienden a jugar al aire libre, en grupos grandes y estructurados, tienen un líder y mantienen el estatus dando órdenes, las mujeres juegan en grupos pequeños, se plantean sugerencias o deseos, se dan órdenes con posibilidades de cambio y no se lucha por el status porque es importante gustar a los demás³².

Este tipo de juego se va manifestando más marcadamente a medida que avanza la edad. En la adolescencia es interesante observar como las expresiones juveniles tienen una “carga” masculina o femenina. Se atribuye como propio de lo juvenil ciertas

³² ANDRADE, Javier, “Seminario: Temporalidades y adolescencias”, Universidad Andina Simón Bolívar, 2003.

experiencias en las que los hombres hacen mayoría: adhesiones o agrupamientos alrededor de corrientes como el rock, punk, rap, etc.; hacer grafitis, ser miembros de bandas, consumir drogas más tempranamente. Por otro lado, lo propio de la experiencia juvenil femenina es invisible o parecería ser percibido como convencional y visto como que las mujeres no expresan rebeldía (que es lo que se espera como característica de lo juvenil). No hay ninguna expresión de rebeldía en ir los viernes a la discoteca a escuchar música de moda y bailar imitando lo que se observa a través de los video-clips de la televisión o, recorrer los centros comerciales y mirar en las vitrinas los atuendos de moda. Reunirse en una casa y conversar, leer revistas femeninas, hacer dietas y hablar sobre ellas no tiene ningún riesgo como pertenecer a una pandilla o participar en deportes de riesgo³³.

La cultura es un elemento importante en la relación de hombres y mujeres como lo es el sentido del consumo y su proyección hacia la forma de comunicarse. Si se considera que el consumo es una manera de producir, los diferentes tipos de este quehacer abren puertas para entender las diferencias de género en consumos aparentemente similares y esto se lo puede percibir más ampliamente en los adolescentes y jóvenes.

Durante el conversatorio mantenido con los jóvenes se puede sacar en claro, (aunque no sea estrictamente lo que sucede con todos/as los/las jóvenes, pero sí entre los que investigué), que estar con la enamorada y los video juegos son actividades que realizan con libertad los varones puesto que, el cuidado de los padres hacia las hijas y las prohibiciones existentes, hacen que las mujeres permanezcan mayor tiempo en el hogar y sus relaciones de amistad se hagan “puertas adentro”. El colegio es un espacio que les permite compartir más abiertamente con sus amigas y mantener contacto con el otro sexo. Posiblemente en las fiestas de amigos o discotecas también lo hacen, pero en menor proporción³⁴.

La relación que surge entre hombres y mujeres se la hace también a través del lenguaje corporal. El hombre, por lo general, observa el cuerpo femenino como un objeto de deseo, mirar el cuerpo de otro hombre pone en entredicho su carácter masculino.

En el caso de las mujeres, mirar otro cuerpo femenino las impulsa a mirar su propia imagen y quizás es mucho más importante mirar los cuerpos femeninos que los

³³ Ibid.

³⁴ Conversatorio con adolescentes: “Cuerpo, sexualidad y enfoque de género”.

masculinos para alimentar o criticar su propio ego. Sin embargo, el cuerpo masculino no les es indiferente cuando se mira con erotismo. Para los hombres jóvenes es muy importante acudir a un gimnasio y mantener un cuerpo musculoso. Para las mujeres, mantenerse “en línea” puede convertirse en obsesión³⁵.

Durante el trabajo realizado con los jóvenes, se observó que aún en este tiempo existe una diferenciada percepción genérica de la sexualidad entre los y las adolescentes por la que, mientras de manera generalizada para los varones adolescentes, el ejercicio de la sexualidad ha representado, y en algunas culturas sigue constituyéndose, como un rito de ingreso a la masculinidad, para las mujeres, aunque actualmente haya perdido validez, especialmente entre las jóvenes, ésta se sigue identificando con la reproducción y la maternidad.

Esto provoca también que se de una diferente valoración social de las relaciones sexuales prematrimoniales para cada género: a los varones se les fomentan las prácticas sexuales indiscriminadas y de alto riesgo y a las mujeres la noción de la necesaria virginidad femenina y la ausencia de búsqueda de placer. El hecho de que la sexualidad femenina se identifique con amor y responsabilidad, con reproducción y maternidad, hace que en algunas mujeres el placer aparezca deserotizado y sublimado, en otras palabras, culposo, vergonzante y exaltado.

La época actual marca, sin embargo, un avance importante en la equidad de las relaciones de género, las costumbres sexuales se han liberado y los estereotipos de género y sexuales han ido cambiando, aunque lentamente. La tolerancia hacia lo diferente, en cuanto a la sexualidad se refiere, es notoria. Pero, a pesar de lo expuesto, la realidad, en particular para las adolescentes, cuando expresan el sentido de culpabilidad y vergüenza, la ansiedad por exponerse al riesgo de embarazo y el temor de las consecuencias sociales por la pérdida de la virginidad, todavía se sigue manteniendo. En dos talleres que se realizaron en el Colegio Ricardo Cornejo, del Sector de Guamaní³⁶, y en un conversatorio³⁷ con un grupo de 11 adolescentes de 14 a 17 años, con sorpresa pude constatar que los discursos de los/las chicos/as mantienen todavía patrones sociales y culturales tradicionales, tales como: mitos y creencias que se han ido

³⁵ Ibid.

³⁶ Talleres: “Conocimientos y prácticas sexuales”, 45 estudiantes de quinto y sexto cursos, 16 – 18 años, 2002 – 2003.

³⁷ Conversatorio: “Sexualidad y relaciones de pareja”.

transmitiendo a través de las generaciones y que, a pesar de estar viviendo tiempos en que la información llega por diferentes canales, especialmente por los modernos medios de comunicación y trae mensajes de “liberación”, no se ha logrado cambiar totalmente la manera de pensar y percibir ciertos aspectos relacionados con la sexualidad.

La información sobre sexualidad no la obtiene de sus padres sino de algunos y muy contados profesores, de sus amigos o pares, o a través de los medios de comunicación, primordialmente por la televisión, de tal manera que los conocimientos, aparentemente, son similares al igual que sus discursos.

Existe alguna diferencia en algunos criterios si se realizan entrevistas personales, pero no son significativas. En todo caso, los conocimientos que tienen se basan en un proceso de comunicación que genera muchas interrogantes y del cual se obtiene pocas respuestas³⁸.

Creo que la posibilidad de explicar y de comprender cómo este razonamiento se concretiza en las pautas de conducta, en las opciones y en los discursos que asumen las mujeres y los varones, permitiría hacer comprensible -para los propios sujetos- las maneras o los recursos con que cuenta el discurso en particular y el lenguaje en general, para sostener el orden social prevaleciente y la situación subalterna de la mujer en la sociedad. Es en función de este razonamiento y de esta perspectiva que aún los conocimientos de éstos adolescentes adquieren significado.

Al referirse a tópicos como la virginidad, uso de anticonceptivos o a ciertas prácticas sexuales tales como la masturbación, el inicio de relaciones sexuales, se pudo percibir manifestaciones diversas como la de mantenerse en silencio, bochornos, risas contenidas, cambios de postura, mirada baja, etc., que yo interpreté como manifestaciones de vergüenza. (¿pudor?).

Respecto a las opiniones vertidas sobre temas y nociones sobre la sexualidad se pudo observar lo siguiente:

Una primera distinción genérica está referida a que los jóvenes varones de ambos grupos expresaron que la *menstruación* es básicamente un hecho fisiológico que "les sucede solamente a las mujeres a partir de una determinada edad", mientras que en las

³⁸ Existe la probabilidad de que estas respuestas sean emitidas en función simplemente de permitir que los demás o que yo como investigadora, escuche lo que he estado acostumbrada a escuchar.

representaciones femeninas sobresalieron las referidas a que esta circunstancia sirve de "limpieza" para el cuerpo de la mujer.

Las imágenes predominantes de los varones reflejaron al evento como "un flujo mensual" o como "sangre vaginal" que ocurren cuando "se desagua el cuello de la matriz".

Para las mujeres estuvo, como una idea muy clara, la relación entre el inicio de la menstruación y el potencial reproductivo: "es a partir de la primera menstruación que la niña se convierte en mujer y puede tener hijos".

Con cierta frecuencia los/las jóvenes mencionaron, con referencia a la menstruación, la presencia del "óvulo que sale del ovario en forma de sangre cuando no es fecundado y en forma de bebé cuando si lo es; así como: "que el cuerpo se prepara para recibir un espermatozoide y si "ello" (la relación) no sucede, ocurre".

Las jóvenes expresaron también la importancia, ligada a este tema, del pudor, la vergüenza y el "cuidarse de los hombres" que adquiere el significado de cuidarse de no ser vistas y por lo tanto no deseadas y no "tocadas" para evitar así el embarazo.

La *masturbación* como tema de indagación propició una ausencia importante de respuesta por parte de las jóvenes de ambos grupos con lo que pienso se refleja el rasgo de vergüenza del autoplacer, que salió a la luz en el caso de las dos chicas entrevistadas individualmente. Una de ellas manifestó que "si lo hago me sentiría culpable porque me han dicho que es pecado"

En las respuestas obtenidas, tanto en hombres como en mujeres, se destacó la coincidencia a considerar esta práctica sexual como un atributo casi exclusivo del sexo masculino. Algunos adolescentes varones justificaron la masturbación como una necesidad cuando no se cuenta con una pareja con la cual tener relaciones sexuales. Dos chicos, opinaron que se corre el riesgo de "volverse homosexuales" al practicar la masturbación. Otros la plantearon como una necesidad y la consideraron positiva desde el punto de vista de la salud mental si se practica "de vez en cuando... porque, si no, "uno se pone como tonto o idiota".

Fue común la opinión de que practicada en exceso ("varias veces al día") puede generar "debilitamiento de la persona" y llegar a "dañar los *huevos*" y "ocasionar culpa".

Una sola joven hizo referencia a la masturbación femenina manifestando que es como un juego y frotación de la región mamaria, mas no de los órganos genitales.

Para la mayoría de éstos jóvenes si bien se repitieron representaciones vergonzantes o de culpabilidad para quienes practican la masturbación, parece que este ejercicio resulta más tolerado, en tanto que se percibe la búsqueda de placer en el propio cuerpo como algo positivo "si el cuerpo lo pide" y si las personas al practicarlo "se sienten bien". Algunos más se refirieron a la masturbación como una experiencia que sucede al explorar su cuerpo para satisfacer el "propio instinto sexual" y, a veces, como una necesidad ante las "propias tensiones".

En torno al evento de la *eyaculación nocturna* o sueños húmedos destacó, -además de una baja respuesta atribuible a una negativa asociada al pudor, (o a la vergüenza al escuchar el término) por parte de la mayoría de las chicas, a la no comprensión o a la falta de información al respecto- una común y generalizada representación de la eyaculación como similar a la menstruación: "se presenta cada mes", "es un indicador de la maduración testicular", "sirve para limpiar el cuerpo masculino".

Como imágenes visuales, las mujeres hicieron referencia a "fluido blanco pegajoso", a "una baba entre verde y amarilla" y a "algo caliente que le sale al hombre".

Entre las jóvenes surgieron representaciones más biomédicas cuando se refirieron a la eyaculación, tales como: que son las "vesículas seminales que se llenan y es cuando se viene", ocurre "cada quince días" o "cuando el hombre está dormido", "sucede de noche porque los espermatozoides ya han llegado a su desarrollo y no han tenido contacto sexual" y que la eyaculación es un evento que "sucede entre los diez y los dieciséis años".

Los varones, de manera semejante, saben que se empiezan a producir "espermatozoides como parte del "desarrollo" y que la eyaculación les permite desecharlos", que "suele suceder durante el sueño" y que ello "podrá controlarse cuando se llegue a la edad adulta". Asocian la eyaculación al potencial erótico de los sueños, a los pensamientos asociados al "deseo por alguna mujer", a las escenas estimulantes de ciertos programas de televisión y a que la excitación es una expresión natural de su masculinidad, del "ya ser hombres".

En este mismo tenor resultan interesantes las representaciones evaluativas de los y las adolescentes que inician *relaciones sexuales prematrimoniales*, ya que mientras una primera respuesta cuestionadora y culpabilizadora dominó muchos de los discursos para ambos géneros, después, las diferencias genéricas en los grupos pequeños fueron ganando espacio y dando lugar a diferentes matices de opinión.

Los varones hicieron alusión a que "todo el mundo lo hace por curiosidad o placer, por lo que no está mal" y a que "si bien es algo incorrecto, no es malo si se deciden tomar las medidas preventivas para no dejar embarazada a la chica".

Para las jóvenes, en cambio, dichas prácticas son "comunes y naturales para los hombres", mas no para las mujeres ya que, si ellas se inician es "porque aman al compañero".

Una respuesta significativa de los/las adolescentes, coincidió también en pensar que las relaciones sexuales prematrimoniales son adecuadas siempre y cuando se "hagan por amor" y "se cuiden" ya que ello implica responsabilidad y "todo se dará bien si se está consciente de ello". Ambos géneros coinciden en que los/las jóvenes que deciden iniciarse sexualmente lo hacen porque están seguros del amor mutuo.

Para muchos esto "está mal ante Dios y porque existe el riesgo de un embarazo", a pesar de utilizar el preservativo o algún otro método anticonceptivo porque "ningún método es seguro".

Hubo varias opiniones en el sentido de que, si está previsto el matrimonio, las relaciones prematrimoniales pueden no ser percibidas como negativas sino "como una manera de conocerse".

Algunos adolescentes varones respondieron que hay que pensar primero en lograr la meta de trabajar o tener empleo antes que en iniciar su vida sexual dejando ver que, a partir de ese momento, existiría la posibilidad de contraer una relación formal y perdurable.

Esta tácita referencia al matrimonio estuvo también presente en los discursos de las mujeres adolescentes, al referirse a la planeación del inicio de las relaciones sexuales a: "cuando me sienta preparada", "cuando realmente sienta la necesidad", "cuando me súper enamore", "cuando tenga valor".

El tema del *uso de los anticonceptivos* también trajo momentos de silencio y manifestaciones de sentirse avergonzados, en el caso de los hombres particularmente. Las mujeres, a pesar de mostrarse abochornadas fueron más “desenvueltas” en el tema. El discurso de la planificación familiar parece ciertamente haber echado raíces: el "cuidarse" aparece como una preocupación y/o requisito que las y los jóvenes mencionan como indispensable si se quiere asumir el inicio de la vida sexual con responsabilidad y, de esta manera, evitar embarazos no deseados.

Así, muchos de los y las adolescentes consideraron que "las pastillas se toman antes de tener relaciones sexuales", que "se pueden disolver en la comida", que "sirven para prevenir el SIDA", que "las mujeres deben iniciar el consumo de anticonceptivos durante el año previo al inicio de la relaciones sexuales", Acerca del uso del condón, los varones demostraron inquietud, bochornos, risas nerviosas. Algunos dijeron saber de su correcta aplicación aunque no lo hayan usado todavía y otros han preferido no usarlo porque “a las chicas les gusta pelo a pelo”.

En cuanto al tema de la *virginidad* destaca que en la actualidad ya no es tan importante pero que sería mejor mantenerla hasta el momento de tener relaciones “con la persona que verdaderamente se ama” o hasta “el momento de contraer matrimonio” o cuando se encuentren en cierto rango de edad: "cuando cumpla diecisiete años", "entre los veinte y veintitrés años".

La virginidad ha dejado de ser un “bien supremo” para las chicas y los temores más bien van ligados a la presencia de un embarazo no deseado o a la posible pérdida del amor o respeto del varón, por haber accedido a mantener relaciones sexuales con él.

La culpa y la vergüenza se hacen presentes tanto, en cuanto aparece el sentido de responsabilidad hacia sí mismos y hacia el círculo social en que se desenvuelven. En los varones existe un gran temor sobre la paternidad y las chicas no quisieran ser “señaladas” por su entorno social o “sacadas” de su círculo familiar.

A través de estos encuentros con estos jóvenes podría confirmar que los tabúes sexuales, las creencias culturales y las diferencias sociales basadas en condiciones de género todavía se mantienen y quizás lo que ha cambiado solamente, son las prácticas sexuales, especialmente en el ámbito juvenil.

El inicio de la interacción socio afectiva entre hombres y mujeres, a pesar de que obedece a esquemas socioculturales, aparece más temprano y, por tanto de igual manera las relaciones sexuales. Los/las chicos/as deciden el momento de tener relaciones sexuales según sus propios preceptos morales, legales, religiosos y sus creencias. Pero, estas últimas expresiones también pueden ser catalogadas como “simples discursos” pues, existe la posibilidad de que “al momento de la verdad” ninguno de estos factores cuente.

CAPITULO 4

LA SEXUALIDAD ADOLESCENTE

La adolescencia es un proceso *bio-psico-social* en el cual el ser humano atraviesa por grandes cambios biológicos marcados por la aparición de la función reproductora y la maduración sexual; trata de lograr un espacio y una identidad personal y social y de brindarse caminos en medio de un mundo de adultos representado por padres, escuela y sociedad, interactuando con y entre ellos para construir su propio proyecto de vida.

Es un proceso en el cual los humanos construimos ideales de un mundo nuevo, elaboramos sueños de cambios para adaptarlos a nuestra vida con miradas renovadoras³⁹.

En la adolescencia se trata de obtener logros para superar la dependencia infantil en favor de estructurar una interdependencia y una autosuficiencia adulta.

La adolescencia es metamorfosis, es crisis, es cambio, es temor, rebeldía, irreverencia, desafío al orden establecido, es sueño, es dolor por lo que se está perdiendo, miedo por lo nuevo, tristeza por el ayer que dejó de ser y, ansiedad y expectativa por el mañana que aún no llega.

En este difícil proceso, para el que lo está viviendo, la familia y la sociedad de manera visible o no, exigen logros, metas y además tareas que sean capaces de demostrar que existe un crecimiento evolutivo aceptable para los estándares que se han preestablecido. Estas tareas “evolutivas” hacen referencia a aquellas metas “madurativas” que deben lograr las personas en cada una de sus edades, enfrentándose a una serie de retos y expectativas que han programado los adultos para que luego de cumplirlas, sea considerado como uno de ellos. Esto implica que en este proceso se deberá lograr un sentido de autonomía e independencia emocional y económica respecto a la familia y a su grupo social.

Al existir cambios biológicos internos y externos, lo que suscita también un cambio psicosexual, el/la adolescente puede iniciar una vida sexual coital y de pareja de acuerdo

³⁹ ROMERO, Leonardo, “Elementos de sexualidad”, pág 97.

con las normas familiares, sociales y culturales. Se espera que obtenga una situación y ubicación vocacional que cumpla con un status familiar establecido y con la sociedad y además, desarrolle comportamientos aceptables para su grupo social y cultural. Por último, es importante que se convierta en un ser productivo.

Sin embargo, no siempre *la familia* está dispuesta a cambiar con sus adolescentes, la *escuela* tampoco se adapta tan rápidamente a las necesidades y exigencias de la vida de las nuevas generaciones y, *la sociedad*, de la misma forma, se resiste de múltiples maneras a perder el control y a cambiar sus normas, muchas de ellas cuestionadas por la misma adolescencia.

Las vivencias de los/las adolescentes varían de un grupo social a otro; la extensión y las características de este proceso varían también de una familia a otra, de una cultura a otra, de una religión a otra. De hecho existen culturas en las cuales la adolescencia es muy corta y simplemente no existe tal como en nuestras sociedades, en las cuales se tiende a alargar el período de adolescencia. Antiguamente un hombre o mujer a los 18 años (en algunas sociedades y épocas, mucho antes) asumía los roles adultos; actualmente todavía sigue en período de adolescencia aunque esté cursando ya estudios universitarios.

En este recorrido, desde la niñez hacia la edad adulta, el/ la adolescente debe ir “adaptándose” al medio en que realiza su vivencia, de la manera más ajustada a lo que su entorno social le permite.

Hartmann usa el término “adaptación” como análogo a evolución o ecología, no en el sentido reaccionario de que uno debiera “acomodarse” a la sociedad tal como es. Textualmente se expresa:

“Los seres humanos encajan en el mundo de las personas y las cosas, del mismo modo que las mariposas o jirafas evolucionan para camuflarse y después viven en entornos donde se camuflan. Igualmente, las personas se insertan en el mundo social que las rodea, a veces alterando el mundo para ajustarlo a ellas, otras cambiando ellas mismas, pero siempre haciendo que los dos “calcen”⁴⁰.

⁴⁰ HARTMANN, Heinz, “La psicología del yo y el problema de la adaptación”, 1939.

Hartmann enfatizó la adaptación al mundo físico. Erikson subrayó la adaptación al medio social. Fue así natural para él extender a todo el período de la vida humana la secuencia original de las fases de la infancia (oral, anal, etc.). Agregó:

“....un período de actividad creativa y reproductiva en la edad adulta y la acumulación de sabiduría al final de la vida. La sociedad corresponde a estas diversas etapas con instituciones características. Las madres crían a los bebés, el padre y la madre educan a los niños pequeños, la comunidad les concede a los adolescentes un tiempo para que se encuentren a sí mismos, y (a veces) la sociedad reconoce la sabiduría de los mayores”⁴¹.

Por tanto, cada etapa no es sólo psicológica, sino psicosocial.

Bajo esta mirada el proceso de la adolescencia se desarrolla cumpliendo etapas. El resultado determina, de alguna manera, cuál será la próxima tarea que a su vez requerirá un nuevo resultado que será analizado por la familia, la sociedad y la cultura, instituciones que serán las que elijan las nuevas tareas. Quien las cumple, aparentemente, no tiene ningún derecho a elegir.

La forma en que los jóvenes estructuran su sexualidad está en función del tipo de educación sexual que han recibido desde su niñez dentro de la familia, en la escuela, y en el ambiente sociocultural en que se desenvuelven.

La educación sexual es parte de los factores determinantes de la problemática psicosexual que viven los jóvenes. A mi criterio, probablemente, los padres sean el modelo más cercano que tiene el individuo en su niñez y adolescencia y si los tabúes, los temores y restricciones hacia su propia sexualidad prevalecen a la mirada de sus hijos, estos serán su indicadores; en muchas ocasiones el silencio será el mensaje que les transmitirán en su proceso educativo.

Muchos de los padres delegan a la escuela o a fuentes poco confiables las exigencias de la educación sexual de sus hijos, exponiéndolos a adquirir conocimientos distorsionados o negativos. El sistema educativo escolar también silencia y evade la educación franca, honesta y veraz y los maestros ofrecen información que se limita a la función biologista

⁴¹ERICKSON, Erich, “Infancia y sociedad”, 1950, pág 58.

y reproductiva de la sexualidad⁴². De esta manera se refuerza una dimensión represiva, genitalizada y reproductiva de la sexualidad.

En el período de adolescencia los/las jóvenes han estructurado la mayoría de sus valores, sentimientos y actitudes sexuales en base a lo aprehendido tanto en el núcleo familiar como en el ámbito social y cultural. Posiblemente iniciará una vida sexual bajo parámetros de desinformación, desorientación y confusión.

Socialmente los/las jóvenes se encuentran sometidos/as a la influencia de dobles mensajes; por una parte se reprime, deforma y degrada la sexualidad y por otra, se espera que, al final de su proceso, formen una pareja, establezcan una familia y tengan hijos⁴³. Paralelamente, son objetos de un sistemático bombardeo de estimulación erótica a través de los medios de comunicación social, la publicidad, las modas, etc, de tal manera que, el marco referencial de valores, normas y actitudes sexuales con que inician y desarrollan su vida sexual activa, parece ser bastante confuso y poco estructurado para sus propias vivencias.

Como consecuencia se puede observar: frustraciones por una práctica sexual sin una preparación física y emocional apropiada a las circunstancias individuales, la presencia de embarazos tempranos no planeados y/o no deseados, la formación de uniones matrimoniales tempranas con baja probabilidad de duración y funcionalidad y, abortos provocados⁴⁴.

Se observa que los/las jóvenes están iniciando su vida sexual a edades más tempranas. Cada vez es mayor el número de jóvenes con esta tendencia y en forma más igualitaria entre hombres y mujeres. En 1998 en Colombia 4 de cada 10 hombres y 2 de cada 10 mujeres adolescentes entre los 15 y 19 años de edad tenían relaciones sexuales penetrativas⁴⁵. Diferentes estudios realizados en la Costa Atlántica colombiana señalan que entre el 25 % y el 33 % de los adolescentes de undécimo grado han iniciado su vida sexual coital y que aproximadamente el 80 % lo han hecho antes de los 16 o 17 años⁴⁶. En nuestro país no existen todavía datos estadísticos sobre este tópico, sin embargo, la

⁴² Estudiante, 16 años. "Taller con adolescentes, Colegio Ricardo Cornejo"

⁴³ Ibid.

⁴⁴ Datos proporcionados por los Servicios de adolescencia, Trabajo Social y Psicología, Centro de Salud de Guamaní.

⁴⁵ Encuesta CAP Pro Familia y Seguros Sociales, Colombia.

⁴⁶ ROMERO, L. y DURAN VITAL, Investigación 1998 "Prácticas sexuales adolescentes".

incidencia de embarazos adolescentes cada vez más elevada puede ser un buen referente de que los/las jóvenes inician su actividad sexual coital tempranamente.

En una revisión estadística, en el Centro de Salud de Guamaní, en el año 2003, en la Consulta prenatal, el 15% correspondió a mujeres adolescentes embarazadas, en edades de 14 a 19 años con mayor incidencia entre los 16 y 18 años.

Igualmente entre los partos atendidos, el porcentaje para mujeres adolescentes fue del 23 %⁴⁷.

Dentro de lo observado a través de los talleres que se han realizado con los estudiantes del Colegio “Ricardo Cornejo”, en Guamaní y entrevistas a adolescentes, quienes tienen una vida sexual activa, generalmente la iniciaron en condiciones de riesgo, en lugares poco apropiados, con temor, de prisa, etc. En ocasiones no fueron planeadas y estuvieron rodeados de ansiedad, angustia, miedo al embarazo, culpa y desconocimiento de la anticoncepción. Obviamente, esta vivencia acompañada de displacer y quizás de dolor puede condicionar la vida sexual de estos/as jóvenes y generar disfunciones sexo afectivas posteriores. Las fuentes informativas que menos utilizan los chicos y las chicas son sus padres. En un grupo de 45 estudiantes (hombres y mujeres) únicamente 2 chicas y 1 chico conversan con sus padres sobre sexualidad y la información que reciben, según se pudo comprobar en el taller, es muy limitada. Parece ser que la posición más generalizada de los padres y también de los profesores es evitar comunicarse con los/las jóvenes sobre sexualidad y lo hacen únicamente para “prevenir” embarazos y enfermedades de transmisión sexual. No asumen que sus hijos/as y alumnos/as son sexualmente activos.

Se observa, en talleres con padres de familia y profesores, cierta incapacidad de los adultos para aceptar y tolerar la actividad sexual en la adolescencia, posición poco congruente con la realidad actual ya que la actividad sexual adolescente es un hecho y como tal es necesario enfrentarlo.

Hice referencia anteriormente sobre el incremento de embarazos en mujeres adolescentes. En una revisión estadística, en el Centro de Salud de Guamaní, en el año 2003, en la Consulta prenatal, el 15% correspondió a mujeres adolescentes embarazadas, en edades de 14 a 19 años con mayor incidencia entre los 16 y 18 años.

⁴⁷ Datos estadísticos de Consulta t atención de partos, año 2003.

Igualmente entre los partos atendidos, el porcentaje para mujeres adolescentes fue del 23 %. Estos datos implican un desconocimiento y/o mal uso de métodos anticonceptivos⁴⁸.

Al entrevistar a algunas de estas madres jóvenes se observó que la mayoría se enfrentan a situaciones sociales difíciles con las consecuentes alteraciones psicosociales que deben enfrentar: abandono de la pareja, la condición de ser madre soltera, expulsión de sus hogares, uniones matrimoniales forzadas, rechazo social, entre las más comunes.

Así descrita la situación psicosexual que viven los/las adolescentes actualmente, creo que es necesario encaminar la educación sexual, no solo a prevenir situaciones de difícil decisión como la de embarazos no deseados o enfermedades infecciosas, sino a promover una salud sexual y reproductiva favoreciendo el desarrollo de actitudes placenteras y de paternidad responsable. Profesores y padres de familia⁴⁹ piensan que la problemática sexual adolescente es el producto de la inmadurez, irresponsabilidad e inestabilidad emocional, sin embargo, creo que una de las principales causas es la deficiente e inadecuada información que hemos recibido desde la niñez la misma que ha estado enmarcada en tradiciones, creencias, tabúes, represiones sociales y, a la vez, desprovista de intenciones y planteamientos positivos hacia la sexualidad.

Considero que la problemática sexual adolescente es una preocupación de tipo social, en la que todos estamos involucrados; no es un asunto únicamente de los/las jóvenes. Por consiguiente es un asunto que compete a todas las instancias educativas: padres, madres, escuelas, iglesia, personal de salud, iglesia, medios de comunicación, etc. Desde la experiencia educativa, se puede crear espacios de reflexión para que los jóvenes tengan vivencias más positivas y autorrealizantes.

En los diferentes encuentros que he mantenido con los jóvenes, durante el desarrollo de este trabajo, he podido verificar que existe una gran necesidad de información sobre temas de sexualidad y que, además, existen grandes vacíos en cuanto a criterios y valores sexuales. Se hacen manifiestas algunas inquietudes que pueden captarse a través de preguntas tales como: “¿Es mala la masturbación?” “¿Es malo el sexo oral?” “¿A qué edad se deben tener relaciones sexuales?” “¿Hasta donde es permitido que me toquen?” “¿Cuáles prácticas sexuales son normales o anormales?”.

⁴⁸ Datos estadísticos de Consulta y atención de partos, año 2003.

⁴⁹ Opiniones vertidas en un taller con participación de profesores, padres de familia y adolescentes, Centro de Salud de Guamaní.

Muchos de los/las jóvenes tienen algún conocimiento de métodos anticonceptivos pero no saben cómo usarlos, ni siquiera los han visto o tocado, en muchos casos. Lo que tienen solamente es la información de que existen.

Muchas de estas inquietudes manifiestan situaciones personales de incertidumbre y preocupación que producen malestar e insatisfacción, buscando permanentemente respuestas.

En la práctica, responder a aquellas interrogantes, ha sido bastante controversial puesto que los encuentros que he tenido con los/las jóvenes no han sido tan frecuentes y además no siempre es el mismo grupo de chicos/as con los que trabajo. Hablar sobre el tema de sexualidad, me crea menos dificultad cuando he podido generar una relación personal con la cual he detectado situaciones de autoestima e inestabilidad emocional y en las que ha sido posible abordar directamente los problemas puntuales por los que está atravesando el/la adolescente. Ha sido más fácil para mí, al establecer una satisfactoria interrelación, detectar aspectos particulares que envuelven las vivencias sexuales de las personas con las que interlocuto, su capacidad de sentir, compartir y experimentar placer y afecto; el medio ambiente en que se desarrolla y cómo ha ido construyendo su propia vida sexual.

“La autoestima y la afirmación personal son parte fundamental en la vivencia de la sexualidad, es más difícil disfrutar de una sexualidad gratificante, responsable, constructiva, autónoma y libre si no se ha adquirido desde la niñez la capacidad para afirmarse a sí mismo y si no se ha estructurado una sólida y fuerte autoestima”⁵⁰

“La autoestima tiene que ver con lo que las personas piensan de sí mismas (auto concepto), con la confianza que tienen en sus capacidades (auto confianza), con la actitud que tienen hacia el propio cuerpo (auto imagen) y con el valor o aprecio que se atribuyen como personas”⁵¹ .

⁵⁰ ROMERO, LEONARDO. Taller “Salud sexual y sexualidad”, Abril 2004, CDI

⁵¹ RISO, W. “Aprendiendo a quererse a sí mismo”, 1990, pág. 97.

La afirmación personal, dice Riso, se logra como consecuencia de una construcción permanente, es el resultado del esfuerzo personal para hacer de la vida un proceso gratificante.

Si no se dan estas condiciones los sentimientos de frustración, inseguridad, miedo, etc. se manifiestan a través de la vergüenza.

CAPITULO 5

CONCLUSIONES

Las ideas, los pensamientos vienen y van por mi mente. Recuerdos de rostros con expresiones diversas, manifestaciones de angustia, tristeza, alegría.....miradas perdidas, anhelantes, expectantes, escurridizas.....cuerpos que reprimen sensaciones, que mal esconden y disimulan sentires.....Bochornos.....risas nerviosas.

Haber compartido, con adolescentes y jóvenes momentos tan especiales me han llevado a mirar mi propia vida y a comprender que mis temores, angustias, alegrías, son similares a las que ellos/as manifiestan actualmente.

He podido observar las mismas reacciones de inquietud, de silencio, de agachar la mirada, de emitir sonrisas nerviosas, de ruborizarse etc, al igual que sucedía en mi época de adolescente.

Pero, sin embargo creo que en algo a cambiado. Al menos se puede hablar con mayor libertad y aunque existen muchos adultos que prefieren no pronunciar la palabra “sexualidad”, entre los jóvenes no sólo se pronuncia sino que causa mucha curiosidad y muchos deseos de tener mayores conocimientos.

Posiblemente se puedan observar actitudes que demuestran inseguridad y probablemente con vergüenza, los/las adolescentes y jóvenes se atreven a compartir sus experiencias y sentires. La culpabilidad propia o ajena por aquello que se considera “inadecuado” puede hacerse presente; sin embargo, se podría decir que es “asumida y procesada” como lo son otros sentimientos.

Tener espacios para ser escuchados y sentirse comprendidos; saber que alguien puede acompañarlos/las en su proceso de identidad; comprender que no son las únicas personas a quienes les sucede situaciones que pueden provocar vergüenza o culpabilidad; tener conciencia de que existen formas de cambiar las circunstancias y

caminos para continuar con la mirada hacia delante, crear un vínculo de confianza, todo esto ha sido el gran logro, según sus propias expresiones.

La forma en que cada cual asume y procesa sus sentimientos es muy individual y diferente, como individuales y diferentes somos los seres humanos; mucho tiene que ver la influencia del contexto familiar y social en que se desenvuelve cada uno/a.

Esta investigación ha significado un recorrido por mi propia vida. Un volver a vivir, a través de los recuerdos, mi propia adolescencia, mis propios temores, mis miedos, mis angustias. Recordar las sensaciones y temores sobre mis cambios corporales y que, al sentir las miradas sobre mí, las manifestaciones de vergüenza se hacían presentes. Los principios morales, el pudor, etc crearon en mí barreras que limitaron, de alguna manera, el disfrute de mi sexualidad. Sucede actualmente con los/las jóvenes de hoy y existe una reacción bastante similar de culpa y de vergüenza que en mis tiempos. La diferencia posiblemente está en cómo cada ser asume, es decir hasta donde acepta y se adapta al hecho; y, cómo le afecta este tipo de sentimientos en su vida; si provocando un daño permanente de carácter emocional y en su autoestima o generando estímulos que le permitan crecer interiormente.

Cargo con los recuerdos de la adolescencia de cada una de mis hijas y los temores como madre, la dificultad de comentar con ellas en base a sus inquietudes y preguntas, a pesar de haber tratado desde cuando eran pequeñas sobre el tema.

Todavía, cuando en los talleres surgen algunas preguntas “difíciles” como por ejemplo: “¿Cómo se masturban las mujeres?” “¿Cuántas veces pueden masturbarse los hombres?”, recorre por mi cuerpo una corriente fría mientras busco las palabras para responder; pues, si algo he aprendido en este caminar de esta investigación es que los jóvenes toman las palabras como mandato. Y esto no lo digo solamente yo. La experiencia que han tenido mis compañeros del equipo del Servicio de Adolescencias de Guamaní, cuando han realizado talleres con adolescentes, ha sido la misma. Para los chicos y chicas, es muy importante lo que alguien como nosotros – “expertos” por ser especialistas en adolescencia y sexualidad - pueda decirles.

De ahí que, siento que se ha convertido en una responsabilidad muy delicada compartir y acompañar a los/las adolescentes, por su propia naturaleza de seres humanos ávidos de conocimiento y buscando asirse de cualquier elemento que les haga sentirse seguros.

Así lo he percibido y lo he sentido durante casi todo el transcurso de la investigación y acompañamiento.

Con una mirada más analítica podría expresar que la vergüenza es un sentimiento que se puede expresar en forma de humillación, de estar en falta, con culpa, etc. por ideas o acciones deshonorosas, reales o fantaseadas referidas a la propia persona y que ésta teme que otros conozcan. En ese sentido es posible que esté acompañada por la necesidad de aislarse, ocultarse o ponerse a resguardo de la mirada ajena. Avergonzarse es no querer ser visto. Es como sentir el cuerpo expuesto, por lo tanto está relacionado con la desnudez corporal.

En la vergüenza la marca corporal más visible es el enrojecimiento de las mejillas que delata a las personas a pesar de sí mismas. Si bien el rostro es el lugar más descubierto a la mirada del otro, la vergüenza está asociada con las partes habitualmente cubiertas del cuerpo, los genitales y otras zonas erógenas. Sólo con pronunciar los nombres propios de éstas y aquellos, se producen los bochornos. En ocasiones el sólo hecho de aceptar que existe una atracción amorosa hacia él o ella provoca una reacción de rubor en el rostro.

Creo que los sentimientos de vergüenza derivan, por lo tanto, de componentes de la sexualidad infantil que habiendo sido una vez placenteros fueron reprimidos, porque, al principio, el niño o la niña no tienen dificultades en pasear su desnudez, gozar de ella y de exponer placenteramente su cuerpo a la mirada de los adultos. Le encanta mostrarse y ser mirado. Inicialmente no conoce nada de lo referido a vergüenza. Es, a medida que crece, que va desarrollando su pudor, el respeto a su propio cuerpo y, por supuesto, absorbiendo lo que su ambiente familiar, social y cultural le muestra cotidianamente, y entonces se empieza a generar un sentimiento de culpa cuando expone lo prohibido, cuando el comportamiento que antes era natural, luego pasó a ser cuestionado.

En la relación de pareja, en donde el despliegue de emociones se da como un gran abanico, también se encuentran presentes la culpa y la vergüenza y no precisamente de una manera positiva; de alguna manera pueden constituirse en barreras, pequeñas o grandes que marcan límites que logran, en determinada circunstancia, deteriorar la relación.

Fuera del tema de la sexualidad, podría atreverme a aseverar que la culpa y la vergüenza son sentimientos que se hacen presentes en forma casi permanente en las personas, no sé si en nuestra cultura o en toda la raza humana, por muy diversas circunstancias. Inclusive me atrevería a decir, que son parte de nuestra forma de vivir y de relacionarnos en la cotidianidad.

A partir del trabajo con los jóvenes también podría, hacer unas recomendaciones que me parecen muy importantes para quienes estamos permanentemente interrelacionándonos con ellos/ellas..

Es necesario mejorar la información sobre sexualidad y sus prácticas, a través de orientar la educación sexual, hacia un ejercicio placentero y responsable procurando desarrollar la autoestima y viviendo la sexualidad con criterios de seguridad, bajo el condicionamiento de sus propios valores como personas. La familia, la escuela, los servicios de salud, la iglesia, los medios de comunicación, la sociedad en general tendrían que ligarse a las acciones que se desplieguen en beneficio de una mejor forma de vida sexual para los niños, las niñas y los/las jóvenes.

Quienes actualmente estamos en contacto con los/las jóvenes, en el ámbito que nos desenvolvemos, sea éste salud, educación, etc., debemos considerar acercarnos a ellos/as con una educación sexual que oriente hacia cultivar la autoestima y procurar el emponderamiento para vivir la sexualidad con seguridad, sintiéndose capaces de ser felices y poder dirigir sus propias vivencias sexuales con sus propios criterios, valores y actitudes.

Con una información honesta y veraz se podría lograr que niños, niñas y adolescentes puedan valorarse a sí mismos, elegir y escoger su pareja con mayor seguridad, tomar decisiones efectivas en su vida sexual y amorosa evitando aquellas que pudieran ser riesgosas para su salud y poco constructivas para sus propios proyectos de vida personal, familiar, social y cultural. Es importante que los/las jóvenes sean capaces de tomar decisiones y puedan resolver sus problemas con eficiencia.

Los/las adolescentes están expuestos cotidianamente a la influencia de familiares, amigos, medios de comunicación, publicidad, etc., que, en muchas de las ocasiones, puede traer mensajes poco favorables para su desarrollo psicológico y emocional; por tanto, se hace necesario alertar a los/las jóvenes para que puedan asumir una posición

crítica frente a estas presiones ambientales, de tal manera que su respuesta sea positiva y con acierto.

En algunos casos, las decisiones que el/la adolescente toma, a pesar de sus sentimientos, temores y dudas, le llevan a vivir experiencias no deseadas que le generan sentimientos de frustración y desilusión consigo mismo/a. Saber que no existen obligaciones para hacer lo que no desean y ejercer el control de sí mismos podrían constituirse en factores que les ayudasen para tener vivencias más placenteras.

El oscurantismo, el tabú, el mito con que se ha vivido la sexualidad es el fruto de una sociedad represora que ha “enseñado” a sentir y creer que no se puede tener control sobre muchos aspectos de la vida sexual; así el displacer, el sufrimiento, la frustración, la amargura han sido sentimientos muy aceptados como parte de la vida amorosa. El sentir placer en la relación sexual ha sido condenado permanentemente en nuestra sociedad y la expresión: “el amor viene con el sufrimiento” ha marcado la relación de pareja a través de los tiempos y hemos aprendido a ser víctimas del miedo al fracaso, al cambio, a estar con nosotros mismos e incluso de liberarnos de las ataduras que hacen infeliz al individuo que lo experimenta.

En nuestro medio, tradicionalmente se ha pretendido ejercer control sobre la sexualidad adolescente por medio de represiones y normas rígidas con mensajes que han hecho pensar que el ejercicio de la sexualidad es “mala y perjudicial” para la salud física y mental. Estas posiciones adultas se han convertido casi en patrones de la vida sexual de los/las jóvenes y han generado sentimientos de culpa.

Si bien es cierto, vivir la sexualidad es gratificante, no siempre lo gratificante y placentero es conveniente. Tener relaciones sexuales puede ser una experiencia maravillosa, gratificante y enriquecedora pero, como cualquier otra actividad humana presenta riesgos naturales. Es importante que los/las adolescentes puedan discriminar los riesgos a los cuales se exponen al decidir una relación sexual; que sepan qué y cómo hacer para prevenirlos y evitar una desagradable experiencia. Esto se dará cuando el/la adolescente tome en cuenta valores y criterios de responsabilidad en su vivencia sexual. El incremento en su autorrespeto y autoconfianza dará cabida a que su pareja y los demás demuestren también respeto hacia sus decisiones.

En base a la experiencia adquirida en esta investigación, cabe mencionar que la forma de relacionarse de los adolescentes tiene que ver con el sentir, las actitudes, la manera

de responder y la confianza que se demuestran unos a otros y esto se da fundamentalmente a través de su autoafirmación y autoestima.

Queda en el ambiente, un reto para quienes trabajamos en los servicios de salud y educación especialmente, de llegar a desarrollar habilidades y destrezas que nos permitan tocar, de la manera más conveniente, la sensibilidad de los adolescentes y juntos caminar por la ruta que los lleve a que se sientan capaces de saberse autónomos, libres e independientes, tomando sus propios roles con responsabilidad y decidiendo por sí mismos para su propio beneficio y proyecto de vida.

BIBLIOGRAFIA

Barrán, José Pedro, El adolescente, ¿una creación de la modernidad?, Paidós, Buenos Aires 1996.

Burín, Mabel, Meler Irene, Género y Familia, “Poder, poco amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad”, Paidós, Buenos Aires, 1998.

-----, Género, Psicoanálisis, subjetividad, Paidós Psicología profunda, 1996.

Erikson, Eric, Infancia y sociedad, 1950.

Foucault, Michel, Estética, ética y hermenéutica, obras esenciales, volumen III, Barcelona, Paidós Ibérica, 1999.

-----, Vigilar y Castigar, Siglo XXI, editores, Espana, 1998.

-----, La historia de la Sexualidad I, “La voluntad de saber”, México, Siglo XXI, 1982.

Freud, Sigmund, Tres ensayos de la teoría sexual, 1905.

Hartmann, Heinz, La Psicología del Yo y el problema de la adaptación, México, Pax, 1961.

Klein, Melanie, Amor, culpa y reparación, Paidos, Buenos Aires, 1998.

Maturana, Humberto, La objetividad un argumento para obligar, Dolmen Ediciones, S.A.,1997

-----, Educación y género: una propuesta pedagógica, Ed. La Morada, Min. Educación, Chile.

- Mead, George H., Espíritu, persona y sociedad, Psicología social y sociología Paidós, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972.
- Medina, Juan Carlos, Diario de crecimiento emocional, Buenos Aires, 2003
- Palma, Milagros, Simbólica de la feminidad, Colección 500 anos, N. 23, Ed. Abya Yala, 1993
- Plummer, Kenneth, Sexual diversity, a sociological perspective, Oxford, 1984
- Reich, Wilhem, La revolución Sexual, Paidós Buenos Aires.
- Riso, Walter, Aprendiendo a quererse a sí mismo, Medellín , Ed. Gráficas, 1990
- Romero, Leonardo, Elementos de Sexualidad y Educación sexual, Barranquilla, Nov. 2003.
- Santos, Martín, Vergüenza y Conflicto en pandilleros de un barrio popular de Lima, 1999.